

# Acumulación de capital, empleo y desocupación. Una introducción a la economía del trabajo en las obras de Marx

Mariano Féliz y Julio C. Neffa\*

## 1. *Introducción*

Este capítulo busca presentar de manera compacta los conceptos y elaboración de la perspectiva teórica de Carlos Marx (1818-1883) con respecto al papel correspondiente a la esfera de lo que suele llamarse el “mercado de trabajo”.

Debido al contenido y a la secuencia histórica de sus numerosas publicaciones, sus reflexiones específicas sobre el mercado de trabajo no ocupan un gran espacio en su obra. Las obras de Marx tienen un carácter muy diverso y como es lógico, ponen de manifiesto una evolución de su pensamiento a lo largo de varias décadas, sin que ello implique pérdida de coherencia.

Esta constatación explica la estructura diferente de este capítulo en comparación con los demás, en los cuales se analizarán los orígenes y la evolución de cada teoría y su aporte respecto de la comprensión del funcionamiento del mercado de trabajo y la formulación de políticas, incluyendo las críticas formuladas.

Esta presentación no pretende dar la idea de que Marx haya logrado una síntesis acabada y totalmente coherente sobre el tema. No pretendemos desarrollar comple-

\*Mariano Féliz es licenciado en Economía (UNLP), Magister en Sociología Económica (UNGS), docente en la UNLP, becario del CONICET, miembro del CEIL-PIETTE del CONICET. Julio César Neffa es doctor en Economía del Trabajo (Université de Paris I), profesor en las Universidades Nacionales de La Plata y Buenos Aires, investigador superior del CONICET, *chargé de recherches* del CNRS y director del CEIL-PIETTE del CONICET. Este texto es el resultado de un trabajo en equipo, a partir de comentarios y críticas a una primera versión en la cual intervinieron Julieta Albano, Mariana Busso, Manuel I. Calderón, Ramiro López Ghio, Pablo Pérez, Demian T. Panigo y Fernando Toledo, cuyos aportes fueron valiosos para preparar la redacción final. Los autores agradecen muy especialmente los comentarios y críticas formulados a una versión preliminar de este documento por parte del profesor de la Universidad de París I e investigador del CEE Jacques Freyssinet, de Javier Lindenboim, Mariana González, Bonofiglio y Kennedy y Melina Deledicque.

tamente y con todas sus aristas el análisis de Marx, sino que buscamos solamente articular sus ideas de tal forma que muestren lo que entendemos es la esencia de su marco teórico: la centralidad del trabajo humano en la comprensión de la dinámica de la sociedad contemporánea.

Esto supone la comprensión de que la propuesta de Marx no fue simplemente realizar un análisis de la sociedad sino que fue más allá: buscó desarrollar una “crítica” de la sociedad, una “crítica” de la economía política, como reza el subtítulo de *El capital*. En efecto, Marx recuperó en sus trabajos el doble sentido de la palabra crítica: destrucción del error y el conocimiento de los límites de una práctica. De la “crítica” al derecho, la moral y la política, Marx pasó a confrontarlos con sus “bases materiales”, con el proceso de constitución de las relaciones sociales en el trabajo y la producción (Balibar, 1993). Leeremos sus obras teniendo en cuenta esta perspectiva.

## 2. *El método de investigación utilizado por Marx*<sup>1</sup>

Una de las especificidades del complejo pensamiento de Carlos Marx que dificulta su análisis, se origina en su itinerario académico, si es que se puede utilizar este concepto en su caso. Su formación básica, como disciplina universitaria, fue la filosofía y desde allí estudió historia económica y economía política, apoyándose en la literatura disponible en su época, pero en carácter de autodidacta. Es un claro ejemplo de formación multi o pluridisciplinaria, que no es frecuente encontrar posteriormente entre los economistas y los filósofos.

El pensamiento de Marx se orienta desde el comienzo hacia la crítica de las diversas formas de alienación y se basa en la identificación de las contradicciones que pueden ser resueltas y por ese camino llegar a generar nuevas contradicciones. Es igualmente crítico del pensamiento abstracto y del idealismo que prevalecía en el medio filosófico de su época y en Alemania en particular. También criticó la filosofía y la religión como formas diferenciadas de la alienación de la esencia humana (Calvez, 1958: 298). Sus principales referencias, que intentó articular para formular el concepto de materialismo dialéctico, fueron los trabajos de Hegel (sobre el método dialéctico y las mediaciones entre el hombre y la naturaleza) y de Feuerbach (sobre el materialismo).

Al revisar la historia del capitalismo, Marx describe como un fenómeno único al trabajo alienado y al origen de dos clases sociales hostiles, partiendo de una misma realidad: el trabajo industrial en el capitalismo tal como se manifestaba durante el siglo XIX. Los obreros desprovistos de toda propiedad y los patrones capitalistas reproducían de alguna manera la relación entre el amo y el esclavo, planteada anteriormente, desde la filosofía, por Hegel.

<sup>1</sup> En esta parte del texto, somos tributarios de los trabajos de Jean-Yves Calvez, un filósofo y especialista francés que realizó un trabajo de gran relevancia, traducido al castellano: Calvez J. Yves, *El pensamiento de Carlos Marx*, Madrid, Taurus, 1958.

Marx reconoce la importancia que Hegel concede a la dialéctica en sí, en cuanto principio de lo real y del saber:

La grandeza de la filosofía hegeliana y de su resultado final -la dialéctica de la negatividad en cuanto principio motor y creador, consiste en que Hegel concibe la autoproducción del hombre como movimiento, la objetividad como desobjetivización, la alienación como salida de sí y supresión de esa alienación; en que, por lo tanto, capta la esencia del trabajo y comprende al hombre objetivo, al hombre verdadero porque es efectivo -porque es el resultado de la actividad- como resultado de su propio trabajo (Marx, 1995<sup>a</sup> [1847]: 205).

Además, el razonamiento detrás de su teoría del valor está fuertemente inspirado en la estructura lógica del razonamiento hegeliano: por una parte retoma la división tripartita entre la calidad (valor de uso), la cantidad (valor de intercambio) y la medida (el tiempo de trabajo socialmente necesario), y por otra, la teoría del capital como la aplicación de las categorías hegelianas presentadas en *La fenomenología del espíritu*.

Según J-Y. Calvez, su materialismo histórico implica la negación y el rechazo de toda filosofía idealista de la historia, a la que percibió como dominada por el desarrollo de ideas, por el desarrollo de la conciencia de sí y orientada hacia un ser divino, trascendente. El materialismo histórico rechaza igualmente un determinismo unilineal que no conociese dialéctica alguna. El materialismo histórico afirma que el primer hecho histórico es la producción, por parte del hombre, de su propia vida. El hecho derivado de esto es la conciencia. Las superestructuras y las infraestructuras están en una relación de interacción, pero esta interacción se ejerce independientemente del propio movimiento de la infraestructura, que domina toda la historia (Calvez, 1958: 360)

El materialismo histórico es la afirmación del lazo directo entre la historia y el fenómeno primario de carácter natural humano que es la producción, por parte del hombre, de su naturaleza. Ese fenómeno es el hecho histórico fundamental. Significa una oposición a una posición idealista que hace de la historia un desarrollo autónomo del espíritu o de la conciencia, independientemente de la naturaleza de la relación del hombre con el hombre. Según Marx, el materialismo de Feuerbach se ha quedado en la esfera del “análisis”, de la filosofía, en el “materialismo contemplativo”, cuando lo primordial para el “materialista práctico” es interpretar el mundo existente para luego transformarlo, es decir, revolucionarlo. Dice Marx en la Tesis 11 sobre Feuerbach: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo” (Marx, 1951). Por esto, su materialismo no puede entenderse exclusivamente como una teoría del conocimiento (a diferencia de los “materialistas” que lo precedieron), ya que supone a su vez una forma de práctica, de praxis política.

Marx declaró que cambiar el mundo es un principio materialista. Procuró, sin embargo, diferenciarse del materialismo de su época, aunque buscando tomar la postura opuesta al idealismo (Balibar, 1993: 30). Para el idealismo por él criticado, el mundo es el objeto de una contemplación que pretende encontrar su coherencia, su

“sentido” y por ello, imponerle un orden. En el corazón del idealismo se encontraba, así, la necesidad de remitir el orden del mundo, la “representación”, a la actividad de un sujeto, que los crea o constituye (Balibar, 1993: 31). Por otra parte, Marx rechazaba otra vertiente del “idealismo”; no filosofía de la representación, sino filosofía de la subjetividad (Balibar, 1993). Marx entendía que la actividad subjetiva de la que habla el idealismo es en el fondo la denegación de una actividad más real: una actividad que sería a la vez constitución del mundo exterior y formación o transformación de sí mismo. Por otra parte, los “materialismos antiguos” sustituyen el espíritu por la materia como principio de organización, pero contienen un fuerte elemento de idealismo. En síntesis, así como el materialismo tradicional oculta en realidad un fundamento idealista (la representación, la contemplación), el idealismo moderno esconde una orientación materialista en la función que atribuye al sujeto actuante (Balibar, 1993).

A su vez, Marx alude a la importancia del elemento de la crítica en el pensamiento neohegeliano, pero, según él, esa crítica de las ideas religiosas parecería terminar confirmando la importancia de la religión. Desde su perspectiva, no es preciso criticar sólo las formas y conductas de la conciencia, sino que es necesario explicar y mostrar la base real, que es la única que permite dar cuenta de ellas. Criticando uno se queda en el plano teórico: “al combatir solamente las frases de este mundo, (los neohegelianos) no combaten en modo alguno el mundo real existente. [...] A ninguno de estos filósofos se les ha ocurrido siquiera preguntar por el entronque de la filosofía alemana con la realidad de Alemania, por el entronque de su crítica con el propio mundo material que la rodea” (Marx y Engels, 1985: 18). De esta forma, aunque Marx retoma elementos centrales del materialismo de Feuerbach y de la crítica negativa de Hegel, se aleja de ellas en tanto considera a la primera “contemplativa” y a la segunda “idealista”.

Las principales tesis marxistas acerca de la dialéctica como principio del saber podrían resumirse de la manera siguiente: para Marx, no hay una verdad eterna e inmutable ni absoluta, ni en la ciencia ni en la metafísica, ni en las ciencias del hombre o de la naturaleza. El saber es dialéctico, es un movimiento de enriquecimiento que procede de un progreso a partir de contradicciones, lo cual es superior a la simple abstracción, porque permite un progreso indefinido del conocimiento. El saber parte de la conciencia sensible, concebida como actividad, pero el objeto de esa conciencia es a su vez un devenir activo. La conclusión del saber es también la conciencia sensible, pero ya enriquecida y cultivada, transformada en universal. El método dialéctico va de lo concreto a lo concreto mediante lo abstracto, quedándose siempre dentro del elemento de lo concreto. De allí concluye que los diversos sistemas filosóficos anteriores son falsos por cuanto pretenden tener una validez universal. Aquéllos encuentran su verdad en el materialismo dialéctico, que, sin ser un sistema, sería la síntesis de todos los sistemas. Para Marx, el saber es dialéctico porque lo real es igualmente dialéctico (Calvez, 1958: 305).

En uno de sus textos, Marx desarrolla su concepción de la relación entre lo abstracto y lo concreto, que es muy esclarecedora de su método de análisis:

Quando consideramos un país dado desde el punto de vista económico-político, empezamos por su población, su división en clases, en ciudad y campo, en tierra y mar, por las diversas ramas de producción, por la importación y la exportación, por la producción y el consumo anuales, los precios de las mercancías, etcétera. Parece justo empezar por lo real, por lo concreto: así por ejemplo, en Economía, comenzar por la población, que es el fundamento y el sujeto de todo el acto de la producción social. Sin embargo, cuando se detiene uno un poco más, este proceder se advierte erróneo. La población es una abstracción, por ejemplo, si omito las clases de que está constituida. Estas clases son a su vez una palabra vacía, si no conozco los elementos en los que descansan, por ejemplo, el salario, el capital, etcétera.<sup>2</sup>

Supongamos que empiezo por la población. Primero habría una representación caótica del todo y mediante una determinación más estricta, llegaría analíticamente de más en más a conceptos más sencillos, del concreto representado, llegaría a abstracciones cada vez más tenues, hasta alcanzar determinaciones más sencillas. Una vez llegado allí, tendría que volver a hacer el trayecto al revés, hasta que llegase de nuevo a la población; pero esta vez ya no lo haría con una representación caótica del todo, sino con una rica totalidad de determinaciones y de relaciones diversas.<sup>3</sup>

Mientras que “Hegel había dado la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento que se ensimisma, desciende a sí, se mueve en sí”, el método científico propuesto por Marx no produce lo concreto, lo reproduce. El método de pasar de lo abstracto a lo concreto no es sino el modo de proceder del pensamiento para apropiarse lo concreto, para reproducirlo mentalmente en cuanto cosa concreta. Pero ese no es en modo alguno el movimiento de la génesis de lo concreto en sí. La categoría económica más sencilla, pongamos por caso el valor de intercambio, supone la población. Una población que produce en condiciones determinadas, y asimismo un cierto género de familias o de comunidades o de Estados. No puede existir nunca más que en cuanto relación unilateral abstracta de un todo concreto y vivo ya dado.<sup>4</sup>

Para Marx, lo concreto está en el punto de partida y en el punto de llegada de la reflexión y las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto, por la vía del pensamiento. Pero este método no va nunca más allá de lo concreto ni de la experiencia. Siempre está en situación, y ésta nunca llega a ser sistemática y definitiva. Es un instrumento de análisis perfeccionado, una lógica de lo real, que se opone a un uso formal de la lógica (Calvez, 1958: 316).

El concepto paradigmático de modo de producción es el resultado de sus reflexiones. Así lo expone Marx:

<sup>2</sup> Tomado de la traducción de J-Y. Calvez, 1958, p. 256.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

el resultado general que saqué de esta investigación y que, una vez descubierto me sirvió de hilo conductor en mi estudio, puede formularse brevemente de la manera siguiente: en la producción social de su vida, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a un grado de desarrollo determinado de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se levanta una superestructura jurídica y política, y a la cual corresponden formas de conciencia sociales determinadas. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso (movimiento) de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su suerte, sino que, por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia.<sup>5</sup>

### *3. La esencia del trabajo*

Su reflexión fundacional, que culmina con la conceptualización de la plusvalía y de la alienación, parte de la noción de “proceso de trabajo”, que articula la naturaleza con la actividad productiva de los seres humanos.

Por una parte, en cuanto a las relaciones entre el hombre y la naturaleza, el hombre es un ser de necesidad, orientado hacia su satisfacción, y existe una adecuación objetiva y directa entre la necesidad y su objeto. El hombre encuentra en un principio al objeto frente a él, como el otro de sí mismo, pues es un ser que tiene vocación de “hacerse objeto”.

Para Marx, como para Hegel, el trabajo es parte de la esencia del hombre pues éste no puede existir sino trabajando, creando cosas artificiales, poniendo sus propias obras en lugar de la naturaleza, imprimiendo sobre ella su marca de humanidad, para humanizar el mundo y recrearlo a su imagen. La naturaleza sería una prolongación no-orgánica del hombre, porque es su medio de subsistencia inmediato y el objeto de su actividad vital:<sup>6</sup> “al producir los medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material. [...] Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con lo que producen como con el modo cómo producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción” (Marx y Engels, 1985: 19).

Los animales también producen, pero no trabajan verdaderamente. Para Marx, el trabajo es un acto plenamente humano, pues el “trabajo” del animal es una actividad preadaptada instintivamente a tales o cuales objetos de la naturaleza netamente

<sup>5</sup> Tomado de la traducción de J-Y. Calvez, 1958.

<sup>6</sup> Hegel, inspirador de Marx, fue tal vez el filósofo que más ha insistido en que el trabajo es una dimensión propia del ser humano, una necesidad de su naturaleza –o una dimensión antropológica diríamos ahora– que permite la construcción de la conciencia de sí mismo y la transformación de la naturaleza, para humanizarla. Al producir bienes que son objeto de intercambio con otros seres humanos, en tanto mercancía que tiene un valor universal y abstracto, el trabajo deviene universal y transforma en ese sentido la individualidad del sujeto que trabaja (Hegel, 1989).

especificados que están, por así decirlo, preparados para él. El hombre, en cambio, utiliza la naturaleza libremente, y escoge sus objetos de trabajo entre las fuerzas de la naturaleza: su actividad sobre ella se extiende indefinidamente. Otra diferencia descrita en su obra *La ideología alemana*, elaborada en 1845, consiste en que, según Marx, “el animal no se produce más que a sí mismo, mientras que el hombre reproduce a la naturaleza entera. Lo que el animal produce forma parte integrante de su cuerpo físico, mientras que el hombre se yergue libremente frente a su producto. El animal opera solamente en la escala de la especie a la que pertenece y según las necesidades de ésta, mientras que el hombre sabe producir en la escala de cualquier especie y aplicando al objeto la medida que le es inmanente” (Marx, 1991: 87), pues los animales “producen solamente aquello de lo cual tienen necesidad inmediata para sí o para sus crías; producen de una manera unilateral, pero el hombre produce de manera universal, ... pues puede producir liberado de su necesidad física y sólo produce realmente si está en libertad”. Y continúa, “el animal no se produce sino a sí mismo, pero el hombre reproduce toda la naturaleza; el producto del animal forma parte directamente de su cuerpo físico, mientras que el hombre está situado libremente frente a su producto” (Marx, 1975).

El trabajo cumple además un papel de mediación social, porque es un trabajo colectivo gracias al perfeccionamiento de los medios de producción, y la relación social es una exigencia del desarrollo técnico. La división del trabajo permite que los trabajadores individuales formen parte de un trabajador colectivo.

Marx entiende que en el capitalismo el trabajo se encuentra en el centro de la vida económica y social. Fuente del valor, el trabajo cumple una función social por excelencia, una función de naturaleza colectiva. Y es precisamente a partir del reconocimiento de su naturaleza y de las condiciones de su ejercicio, que Marx postulará la necesidad de un cambio en las relaciones de producción para adaptarlas a la dimensión cada vez más colectiva de las fuerzas productivas.

Una idea que atraviesa toda la obra de Marx es la oposición dialéctica que resulta del hecho de que si bien el trabajo es la fuente del valor y es una necesidad esencial de la naturaleza humana, pues le otorga verdadera libertad y autonomía, en la vida cotidiana dentro del capitalismo el trabajo existe como trabajo heterónimo, subordinado, alienado, explotado. La propiedad privada de los medios de producción por parte de un sector de la sociedad (la clase capitalista) y la división social del trabajo están en el origen de la alienación, consistente en la apropiación del fruto del trabajo hecho por otros, en el extrañamiento de sí mismo, en el control y en la dominación del trabajador por parte de quien lo contrata como asalariado, en la imposibilidad de hacer un trabajo autónomo desarrollando sus potencialidades y, fundamentalmente, en la necesidad de trabajar para asegurar su subsistencia (Marx, 1975).

En el proceso de trabajo, el objeto del trabajo es la naturaleza entera, tal y como se le presenta al hombre. El primer trabajo y el más esencial consiste en separar un objeto de la naturaleza: “así, por ejemplo, el pez al que se captura separándolo de su ele-

mento vital, el agua” (Marx, 1991: 217). Ahora bien, como objeto separado de la naturaleza, constituye una determinada objetivación del hombre en ésta (Marx, 1991).

Pero la transformación de la naturaleza se lleva a cabo utilizando un medio de trabajo, pues además de recoger o extraer con sus manos la materia de la naturaleza, el hombre necesita el medio de trabajo, un elemento mediador. El medio de trabajo es una cosa o un conjunto de cosas que el hombre interpone entre él y el objeto de su trabajo, como conductoras de su acción. Utiliza las propiedades mecánicas, físicas o químicas de ciertas cosas para hacerlas actuar como fuerzas sobre otras cosas, con arreglo a un fin (Marx, 1991: 217).

De ese modo “convierte las cosas externas en órganos de su propia actividad, órganos que añade a los suyos con el fin de alargar, a despecho de la Biblia, su naturaleza natural”... dado que “lo que diferencia una época de otras no es *lo que se fabrica*, sino *cómo*, con qué medios se hace” (Marx, 1991: 218).

Con ayuda de los medios de trabajo, el objeto pasa a ser un producto, y a partir de allí es menos un objeto natural que un objeto humano. El proceso de trabajo se extingue en el producto, o sea en un valor de uso, una materia natural asimilada a las necesidades humanas mediante un cambio de su forma (Marx, 1991: 219).

Prosigue diciendo Marx:

también el producto del trabajo se nos ha transformado entre las manos. Si hacemos abstracción de su valor de uso, abstraemos también los componentes y formas corpóreas que hacen de él un valor de uso. Ese producto ya no es una mesa o casa o hilo o cualquier otra cosa útil. Todas sus propiedades sensibles se han esfumado. Ya tampoco es producto del trabajo del ebanista o del albañil o del hilandero o de cualquier otro trabajo productivo determinado. Con el carácter útil de los productos representados en ellos, por ende, se desvanecen también las diversas formas concretas de esos trabajos; éstos dejan de distinguirse, reduciéndose en su totalidad a trabajo humano indiferenciado, a trabajo abstractamente humano (Marx, 1991: 47).

Entonces, “el proceso de trabajo [...] en sus elementos simples y *abstractos*, es una actividad orientada a un fin, el de la producción de valores de uso, apropiación de lo natural para las necesidades humanas, eterna condición natural de la vida humana y por tanto independiente de toda forma de esa vida, y común, por el contrario, a todas sus formas de sociedad” (Marx, 1991: 223).

#### *4. La visión clásica del mercado de trabajo y la crítica de Marx*

Carlos Marx desarrolló su obra mientras se producía la Segunda Revolución Industrial, que significó profundas transformaciones con respecto a la Primera Revolución Industrial —en cuanto a la consolidación del capitalismo en la industria, la mayor dimensión de las empresas y las aplicaciones de las innovaciones científicas

a la generación de la energía, los medios de transporte y las comunicaciones. Así comenzó la transición del capitalismo industrial hacia el capitalismo financiero, resultante de la fusión entre gran capital industrial y el capital bancario, con un papel predominante de este último.

En su obra, Marx profundizó y desarrolló las nociones ya formuladas por Adam Smith, articulando y haciendo una síntesis del idealismo dialéctico de Hegel con el materialismo de Feuerbach. Marx reafirmó la hipótesis sugerida por Adam Smith y David Ricardo de que son los seres humanos y no la naturaleza (como afirmaban los fisiócratas) los verdaderos productores de la riqueza. Pero contrariamente a lo expresado por Hegel (Hegel, 1989), podemos afirmar que para Marx no es el *espíritu* el que dirige el mundo, sino que, sirviéndose del trabajo, los seres humanos desarrollan las fuerzas productivas para actuar sobre la naturaleza con el propósito de dominarla y transformarla, venciendo sus resistencias.

Marx rechazó el análisis de la producción y distribución de la riqueza sostenido por los economistas clásicos. Reelaborando la teoría de la distribución del ingreso implícita en los desarrollos clásicos, Marx demostró que en el capitalismo, el salario era la forma en que se expresaba el precio de una mercancía muy particular, la fuerza de trabajo, y cuya explotación era el origen de la ganancia y la renta.

Por otra parte, Marx señala la centralidad de lo que hoy denominaríamos “mercado de trabajo” en la dinámica del capitalismo. En efecto, mientras cuestionaba la centralidad que los economistas de su época daban a la esfera de la circulación (“los mercados”) en detrimento del espacio de la producción, señalaba que “el único acto que forma parte de la esfera de circulación al que hayamos prestado atención es la compra y la venta de la fuerza de trabajo, condición fundamental de la producción capitalista” (Marx, 1991: 34).

Adam Smith, al sentar las bases para la teoría del valor-trabajo,<sup>7</sup> y Hegel, al afirmar la existencia de la alienación del trabajador, prepararon el terreno para que Marx construyera su propia teoría del valor.

Marx criticará a Smith porque éste consideró al trabajo sólo como un factor de producción, pues “vio en el trabajo solamente una restricción externa a los seres humanos, y no vio de ninguna manera la realización de sí, la objetivización del sujeto, la libertad concreta que se actualiza precisamente en el trabajo” (Marx, 1975). Según él, Smith desconoció la fuerza positiva y creadora del trabajo, y que los trabajadores ponen algo de sí en el acto de trabajar, concluyendo que “considerar el tra-

<sup>7</sup> Adam Smith escribió su ensayo *Sobre la investigación de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, publicado en 1776. Allí enuncia los fundamentos de la teoría del valor-trabajo, al afirmar que “cantidades iguales de trabajo deben ser, en todo tiempo y todo lugar, de un valor igual para el trabajador. Así, el trabajo, que no varía nunca su propio valor es la única medida real y definitiva que pueda servir, en todos los tiempos y en todos los lugares a apreciar y comparar el valor de todas las mercancías”. “En su estado habitual de salud, fuerza y actividad, siempre debe sacrificar la misma porción de su reposo, su libertad y felicidad” (Smith, 1991: 102).

bajo solamente como un sacrificio, es decir como fuente de valor, como un precio pagado por las cosas y que da un precio a las cosas según que ellas cuesten más o menos trabajo, es quedarse en una definición solamente negativa. El trabajo es una actividad positiva, creadora” (Marx, 1975).

### *5. El trabajo como actividad específicamente humana*

Se puede sin duda afirmar que el pensamiento de Marx no es la expresión de un materialismo vulgar, sino de un cierto humanismo. Un ejemplo de esto es su afirmación de que

el trabajo es, en primer término, un acto que ocurre entre el hombre y la naturaleza. El hombre juega, con respecto a la naturaleza, el papel de una potencia natural. Las fuerzas de las que está dotado su cuerpo, brazos y pies, cabeza y manos, las pone en movimiento a fin de asimilarse a la materia para darle una forma que sea útil a su vida. En el mismo tiempo en que actúa por ese movimiento sobre la naturaleza exterior y la modifica, él modifica su propia naturaleza y desarrolla las facultades que estaban adormecidas [...]. Nuestro punto de partida es un trabajo dentro de una forma que pertenece exclusivamente al hombre [...]. Lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera.

Esto es así, porque “el resultado al cual llega el trabajo humano preexiste idealmente en la imaginación del trabajador [...], quien realiza al mismo tiempo su propio objetivo del cual tiene conciencia, que determina como una ley su modo de acción, y al cual él debe subordinar su voluntad” (Marx, 1991).

El trabajo entonces “actúa sobre la naturaleza exterior (al hombre) y la modifica” (Marx, 1991), dando lugar a una realidad objetiva y exterior a sí mismo. Su pensamiento es aquí coherente con el de Hegel, para quien el trabajo es una mediación, una actividad transitiva, pues el trabajador necesita de la naturaleza para realizarse a sí mismo por medio de ella, dominándola.

Pero además, continúa Marx, el trabajo es una realidad social. El trabajo es una “actividad social combinada” así cuando el capitalismo domina el conjunto de las relaciones sociales

no es el obrero individual, sino una vez más una capacidad de trabajo socialmente combinado, lo que se convierte en el agente real del proceso laboral en su conjunto, y como las diversas capacidades de trabajo que cooperan y forman una máquina productiva total participan de manera muy diferente en el proceso inmediato de formación de mercancías o mejor aquí de productos —éste trabaja más con las manos, aquel más con la cabeza, el uno como director (*manager*), ingeniero (*engineer*), técnico, etc., el otro como capataz (*overlooker*), el de más allá como obrero manual directo e incluso como peón— tenemos que más y más funciones de la capacidad de trabajo se incluyen en el concepto inmediato de trabajo productivo, y sus agentes en el concepto de trabajadores productivos, directamente explotados por el capital y subordinados en general a su proceso de valorización y de producción (Marx, 1991).

De manera tal que “si se considera el trabajador colectivo, en que consiste el taller, su actividad combinada se realiza materialmente y de manera directa en un producto total [...] aquí es absolutamente indiferente el que la función de tal o cual trabajador, mero eslabón de este trabajador colectivo, esté más próxima o más distante del trabajo manual directo” (Marx, 1991). Entonces, se hace inseparable el trabajo de los distintos trabajadores. El trabajo manual y el trabajo “intelectual” se funden en un trabajo colectivo.

El trabajo tiene también para Marx una dimensión subjetiva, pues permite expresar la individualidad, la identidad de quien lo ejerce, demostrar a otro su singularidad y su pertenencia al género humano, como lo expresa claramente en los *Manuscritos* (Marx, 1975):

Supongamos que nosotros produzcamos como seres humanos: cada uno de nosotros afirmaría doblemente en su producción, a sí mismo y al otro.

En mi producción yo realizaría mi individualidad, mi particularidad. Yo experimentaría, trabajando, la satisfacción de una manifestación individual de mi vida, y en la contemplación del objeto yo tendría la alegría individual de reconocer mi personalidad como una potencia real, que se puede captar concretamente y que escapa a toda duda.

En tu uso o tu empleo de mi producto, yo tendría la alegría espiritual de satisfacer mediante mi trabajo una necesidad humana, de realizar la naturaleza humana y de proporcionar a la necesidad de un otro el objeto para satisfacer su necesidad.

Yo tendría conciencia de servir de mediador entre tú y el género humano, de ser reconocido y sentido por ti como un complemento a tu propio ser y como una parte necesaria de ti mismo y de ser aceptado en tu espíritu como en tu amor.

Yo tendría en mis manifestaciones individuales la alegría de crear la manifestación de tu vida, es decir, de realizar y de afirmar en mi actividad individual mi verdadera naturaleza, mi sociabilidad humana. Nuestras producciones serían al mismo tiempo espejos donde nuestros seres resplandecerían el uno hacia el otro.

Para Marx, entonces, el trabajo puede ser (si bien no lo es en el capitalismo) la más alta manifestación de la individualidad del trabajador e igualmente el medio en el seno del cual se realiza la verdadera sociabilidad.

Sin embargo, afirma Marx “que el trabajo sea trabajo atractivo, autorrealización del individuo, no significa de ninguna manera que sea puro placer o pura diversión como lo piensa Fourier con sus concepciones ingenuas y sus visiones de costurera. Trabajos efectivamente libres, la composición de una obra musical, por ejemplo, requieren a la vez una fuerte seriedad y un esfuerzo más intenso” (Marx, 1991).

Frente a la realidad del trabajo tal como se desarrollaba ante sus ojos en el capitalismo industrial de su época, Marx manifiesta su acuerdo con Smith y afirma: “sin duda [Smith] tiene razón al decir que el trabajo en sus formas históricas, esclavitud, servidumbre, asalariado, aparece siempre como un trabajo molesto, como un trabajo forzado impuesto desde afuera, frente al cual el no-trabajo aparece como la libertad y la felicidad” (Marx, 1975). Esto sería así porque en el capitalismo, donde el trabajo asume la forma de trabajo asalariado (es decir, empleo), es un tipo de trabajo

forzado, producto de la necesidad de supervivencia y no de la libre elección del trabajador.

## *6. Trabajo: valor de uso y valor de cambio*

Marx retoma y perfecciona la concepción, enunciada por los economistas clásicos, de que el trabajo humano es el que determina el valor de las mercancías. Así es como afirma que “un bien sólo tiene valor porque en él está objetivado o materializado el trabajo abstractamente humano” (Marx, 1991).

Una primera distinción que marcará toda su obra es la que hace entre el valor de uso y el valor de cambio de las mercancías.

Dice Marx, que “la utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso” (Marx, 1995b: 972) y éste se efectiviza en el uso o el consumo. De este modo, para Marx son los valores de uso los que constituyen “el contenido material de la riqueza” (Marx, 1991). Se trata de una dimensión cualitativa, que expresa los atributos del producto en cuestión, referida a la utilidad que tienen sus productos para satisfacer necesidades humanas. El valor de uso tiene a su vez una determinación cuantitativa de estos atributos dada por su magnitud y su medida (por ejemplo, toneladas, grados) (Cleaver, 1985: 232). Por detrás de estos atributos se encuentra lo que Marx denominará, como veremos, trabajo útil, particular.

Los valores de uso resultan de la combinación de dos elementos: la materia natural y el trabajo. El trabajo humano sólo puede proceder cambiando la forma de los materiales, es decir, transformando aquello cuya existencia se debe a la naturaleza. Es más “incluso en ese trabajo de transformación se ve constantemente apoyado por fuerzas naturales” (Marx, 1995b: 979). En consecuencia, dice Marx, “el trabajo no es la fuente única de los valores de uso que produce” (Marx, 1995b) y cita a William Petty, quien había afirmado que el trabajo es el padre de la riqueza material, pero la tierra es su madre.

Por otra parte, los valores de uso son, en la sociedad capitalista, los portadores materiales del valor de cambio (Marx, 1991: 45). El valor de cambio “... se presenta como relación cuantitativa, proporción en que se intercambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra clase, una relación que se modifica constantemente según el tiempo y el lugar” (Marx, 1995b[1873]: 972). El valor de cambio aparece como “algo contingente y puramente relativo” (Marx, 1995b: 972).

Las mercancías tienen características físicas diferentes, pero hay un carácter que expresa su unidad, que las hace comparables. Es el hecho de ser productos del trabajo humano, es decir, es “su carácter de ser valor [lo que] constituye su unidad. Esta unidad no surge de la naturaleza, sino de la sociedad”, resulta de que “la sustancia social colectiva [...] es el trabajo” (Marx, 1995b: 974).

Es así como el valor de cambio es sólo la forma de aparición del valor (Cleaver, 1985: 233): “ese algo común que se manifiesta en la relación de intercambio o en el

valor de cambio de las mercancías” (Marx, 1995b: 47). Es más, el valor de cambio es el modo de expresión (o forma de manifestación) *necesaria* del valor. Es decir, el valor no aparece por sí, sino que se expresa en el valor de cambio de las mercancías.

Marx aclara la relación entre valor de uso y valor: “una cosa puede ser valor de uso y no ser valor” (Marx, 1995b: 977). Esto puede ocurrir cuando la existencia del producto no fue mediada por el trabajo, como ocurre con el aire o la tierra virgen. “Una cosa puede ser útil, y además producto del trabajo humano, y no ser mercancía” (Marx, 1995b). Pues para producir una mercancía se necesita producir no sólo valores de uso, sino productos con valor de uso para otros, valores de uso sociales. “Por último, ninguna cosa puede ser valor si no es un objeto para el uso” (Marx, 1995b). Si un producto es inútil, también será inútil el trabajo contenido en él; por consiguiente, el esfuerzo realizado para su producción no cuenta como trabajo socialmente útil y, por lo tanto, no crea valor.

En fin, un valor de uso solamente tendrá valor en tanto en él esté objetivado o materializado trabajo abstractamente humano. Pero ¿cómo medir la importancia de su valor?: “por la cantidad de ‘sustancia generadora de valor’ –por la cantidad de trabajo– contenida en ese valor de uso” (Marx, 1995b: 48). Esa cantidad será medida por la duración del trabajo, y ese tiempo de trabajo, a su vez, reconocerá un patrón de medida en determinadas fracciones temporales (hora, día, etcétera).

## *7. Las dimensiones del trabajo. Trabajo concreto y trabajo abstracto*

Según Marx, esa “doble cara” de las mercancías (como valores de uso y valores [de cambio]) refleja la naturaleza bifacética del trabajo humano contenido en las mercancías (Marx, 1995b: 51).

Por un lado, el trabajo es siempre de un tipo específico:<sup>8</sup> “todo trabajo [...] es gasto de fuerza humana de trabajo en una forma particular y orientada a un fin” (Marx, 1991: 57). En primer lugar, el trabajo es concreto. Es una acción sobre los medios de producción que permite crear los elementos característicos de un determinado producto (mercancía), esto es, su valor de uso, “y en esa condición de trabajo útil concreto produce valores de uso” (Marx, 1991: 57). El trabajo de un carpintero es obviamente diferente al de un herrero y por esto ellos producen diferentes valores de uso (productos con capacidad de ser utilizados) y, por lo tanto, diferentes mercancías. El proceso de trabajo implica la combinación de medios de producción (pensados como valores de uso) y trabajo concreto. En ese proceso se crea un nuevo y diferente valor de uso, se produce una transformación de tipo *cualitativo*.

Marx señala que “a través del cúmulo de diversos valores de uso [...] se pone de manifiesto un conjunto de trabajos útiles igualmente disímiles [...] una división social del trabajo” (Marx, 1995b: 978). La división social del trabajo es la condición

<sup>8</sup> Carchedi (1991: 10).

necesaria para la existencia de la producción de mercancías, si bien lo contrario no es cierto. En una determinada sociedad puede existir la división social del trabajo sin que sea necesario que los productos de ese trabajo aparezcan como mercancías: “sólo los productos de trabajos privados autónomos, recíprocamente independientes, se enfrentan entre sí como mercancías” (Marx, 1995: 978).

Pero las mercancías deben ser intercambiadas en el mercado, esto es, deben ser hechas equivalentes para poder ser comparables. Para que esto ocurra, sus características particulares deben ser obviadas y sólo deben ser tomadas en consideración en su aspecto *cuantitativo*.

si en lo que se refiere al valor de uso el trabajo contenido en una mercancía sólo cuenta cualitativamente, en lo que tiene que ver con la magnitud de valor cuenta sólo cuantitativamente, una vez que ese trabajo se haya reducido a la condición de trabajo humano sin más cualidad que ésta (Marx, 1991: 56).

Lo que permite que las mercancías sean intercambiadas no puede ser la acción del trabajo concreto, pues éste es justamente lo que diferencia a las mercancías. Lo que permite que el intercambio sea posible es la acción del trabajo en general, el gasto de energía humana en abstracto, es decir, el trabajo abstracto. El trabajo abstracto es, entonces, el gasto de energía humana más allá de sus características específicas.

El trabajo abstracto tiene una dimensión contradictoria. Por un lado, dice Marx, posee una dimensión positiva, pues “la disolución de todos los productos y de todas las actividades en valores de cambio supone la descomposición de todas las relaciones de dependencia personales establecidas históricamente en el seno de la producción”, puesto que crea homogeneidad en cuanto a que todos contienen trabajo (Marx, 1979). Por otra parte, tiene una dimensión negativa que lo caracteriza, pues “en el valor de cambio la relación social de las personas entre ellas se ha transformado en una relación social entre cosas, el poder de las personas [se ha transformado] en un poder de las cosas” (Marx, 1979, 1975).

Pero el tiempo de trabajo relevante será un tiempo de trabajo socialmente necesario, es decir, el requerido para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales de producción vigentes en una sociedad y con el grado social medio de destreza e intensidad de trabajo. Cualquier tiempo de trabajo empleado en la producción de una mercancía que exceda el tiempo promedio, socialmente necesario (por ejemplo, debido a la escasa calificación de la mano de obra, la deficiente calidad de la materia prima, la baja productividad o el mal funcionamiento de las máquinas y herramientas, la deficiente organización del proceso de trabajo o a un trabajo realizado de manera más lenta) no se incorpora como tiempo creador de valor.

Para poder extraer un valor intercambiable nuevo del valor usual de una mercancía sería necesario que el hombre de los doblones tuviese la fabulosa suerte de descubrir en el medio de la circulación, en el propio mercado, una mercancía cuyo valor de uso proveyese la virtud particular de ser una fuente de valor intercambiable, de modo que el consumirla sea realizar un trabajo, y por consiguiente crear valor” (Marx, 1971).

Esa mercancía cuyo consumo acarreará un incremento de valor de intercambio (cuyo uso es creador de un incremento de valor de intercambio) existe en el mercado: es la fuerza de trabajo.

Señalamos que para Marx en el capitalismo “el intercambio de trabajo vivo por trabajo objetivado es el último desarrollo de la relación de valor y de la producción fundada en el valor. El supuesto de esta producción es, y sigue siendo, la magnitud del tiempo inmediato de trabajo, el cuánto [la cantidad] de trabajo empleado como el factor decisivo de la producción de la riqueza” (Marx, 1980: 227). Sin embargo, “tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar de ser su medida y por lo tanto el valor de cambio [deja de ser la medida] del valor de uso” (Marx, 1980).

De acuerdo con Marx, en la economía mercantil el valor de uso de las cosas tiende a ser minimizado, reducido, dominado y subsumido a su valor de cambio. En la economía capitalista, el valor de cambio prima sobre el valor de uso. Cuando se produzca el cambio del modo de producción y el modo de producción capitalista dé lugar al comunismo, sucederá lo contrario: predominará el valor de uso, pues con el desarrollo científico y tecnológico, aumentará la fuerza productiva del trabajo y cada producto contendrá una pequeña cantidad de trabajo incorporado.

Marx señala que, en cuanto creador de valores de uso, de cosas útiles, forma de intercambio entre el ser social y la naturaleza, no se puede concebir en el universo de la sociedad humana la extinción del trabajo social. “Como creador de valores de uso, como trabajo útil, pues, el trabajo es, independientemente de todas las formaciones sociales, condición de la existencia humana, necesidad natural y eterna de mediar el metabolismo que se da entre el hombre y la naturaleza, y, por consiguiente, de mediar la vida humana” (Marx, 1995b: 979). Desde este punto de vista genérico, el trabajo tiene un significado esencial en el universo de la vida humana y constituye un parámetro general y abstracto del valor (Marx, 1975).

Sin embargo, el desarrollo de las fuerzas productivas, y por lo tanto de la productividad del trabajo, tiende a reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de mercancías. “En la medida [...] en que la gran industria se desarrolla, la creación de riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuánto [la cantidad] de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo” (Marx, 1980: 227). Como consecuencia, en el proceso productivo pierde centralidad el trabajo directo, vivo y, por lo tanto, el tiempo de trabajo. “Poder que a su vez no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción” (Marx, 1980).

En ese momento, cuando la generación de plus-trabajo deja de ser condición necesaria para la ampliación de la riqueza social y por lo tanto también el no-trabajo de unos pocos ha dejado de serlo, el valor de cambio no puede ser más la medida del valor: “con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio” (Marx, 1980: 228).

Se avanzará en consecuencia en el “desarrollo libre de las individualidades” (Marx, 1980: 229). Como la reducción del tiempo de trabajo necesario ya no tiene por objeto la generación de plustrabajo sino, en general, la reducción del tiempo de trabajo necesario de la sociedad, todos los individuos pueden desarrollar la formación artística y científica. Gracias a que el tiempo se ha vuelto libre, hay tiempo para el pleno desarrollo del individuo (Marx, 1980).

El trabajo medio simple en sí no varía, sin duda, en los diversos países y en las diversas épocas de la civilización, pero en una sociedad determinada es también determinado. El trabajo más complejo se ha de considerar solamente como trabajo simple de una potencia superior, o mejor aún, como trabajo multiplicado. Pero se trata de trabajo socialmente necesario, que para Marx es una derivación del trabajo global de la sociedad, haciendo abstracción del grado de aplicación o de las diferencias que pueden existir entre los trabajadores; de hecho significa que los supone idénticos o intercambiables. Pero eso se contradice con la realidad, pues hay mercancías de calidad muy diferentes a las cuales corresponden trabajos de calificación muy diversa.

Ahora bien, el valor que reside en las cosas no reconoce en un principio a los hombres en cuanto trabajo social; aparece como una cosa misteriosa de la cual participan las demás cosas, que son las mercancías. Los hombres ponen siempre a sus productos en relación en cuanto valores, pero sin saber que el valor es trabajo humano social, dice Calvez. En efecto, para Marx, “los hombres no relacionan por lo tanto a los productos de su trabajo entre sí en cuanto valores, porque estas cosas son para ellos simples caparazones reificados<sup>9</sup> de trabajo humano semejante. Lo que ocurre es lo contrario. Al igualar a sus productos variados entre sí a sus propios trabajos diversos en cuanto trabajo humano, no se dan cuenta de ello, pero esto es lo que hacen. El valor, por lo tanto, no lleva escrito en la frente lo que es” (Marx, *El capital*, Libro I).

Por eso es que sólo mediante el intercambio aparece el carácter social del trabajo. Pero igualmente por el intercambio, en la medida en que constituye una operación distinta del trabajo específico, el hombre corre el riesgo de perder el sentido de esta sociabilidad de su trabajo y de su producto. La paradoja en este campo es que la sociedad económica no se constituye más que mediante la objetivización, pero la transformación de los productos en objetos, aunque sean sociales en sí, oculta esta sociabilidad fundamental (Calvez, 1958).

La determinación de la dimensión del valor mediante el tiempo de trabajo es pues un misterio escondido bajo los movimientos fenomenales de los valores relativos de las mer-

<sup>9</sup> Para Marx, en el capitalismo las relaciones entre mercancías (equivalencia, precio, intercambio) aparecen dotadas de autonomía y de ese modo llegan no sólo a sustituir las relaciones personales, sino a representarlas. Ese proceso, que según agrega Lukács (1923) incluye a los mismos sujetos que son evaluados y por consiguiente transformados en “cosas”, se denomina “reificación” o “cosificación”. Véase Balibar (1993).

cancias [...] Su descubrimiento suprime la apariencia de la determinación puramente accidental de la dimensión del valor de los productos del trabajo, pero no suprime en modo alguno su forma de cosas (Marx, *El capital*, Libro I).

## 8. Alienación del trabajo en el capitalismo

El trabajo tiene una realidad contradictoria, porque si bien la fuerza de trabajo está en el origen del valor, “el obrero se empobrece a medida que su producción gana en fuerza y en volumen” (Marx, 1975). El obrero se pierde en cuanto hombre y pasa a ser cosa en el acto económico de la producción, pues “cuantas más mercancías crea, más pasa a ser el propio obrero de una vil mercancía. La desvalorización de los hombres aumenta en función de la valorización directa de los objetos. El trabajo no produce solamente mercancías, sino que se produce a sí mismo y produce al obrero en cuanto mercancía, en la misma medida en que produce mercancías en general” (Marx, *El capital*, Libro I).

Entonces, en el modo de producción capitalista, el proceso de trabajo genera la alienación del trabajador. La alienación tiene dos aspectos: en primer lugar, la relación entre el obrero y los productos del trabajo, en cuanto deviene un objeto extraño y en cuanto objeto que lo domina. Esta relación genera una relación hostil del obrero con el mundo de la naturaleza. El producto del trabajo, observa Marx, es trabajo que se ha fijado en un objeto, que se ha objetivado en él, es la objetivación del trabajo. La realización del trabajo se presenta en la situación de la economía política como una desrealización del obrero (Marx, *El capital*, Libro I). El trabajador no puede disponer libremente del producto de su trabajo. Carece de control sobre su producción, pues en el marco de las relaciones de propiedad del capitalismo, el empresario es quien tiene derecho sobre la producción del trabajador y “el objeto que produce el trabajo —el producto del trabajo— se le opone como algo alienado, como un poder independiente del productor” (Marx, 1975: 71).

En segundo lugar, la alienación se produce en la relación del trabajo con el acto de producción en el seno del proceso de trabajo, con su actividad propia en cuanto actividad extraña, que no le pertenece, una actividad que es sufrimiento, una fuerza que es impotencia, una procreación que es castración (Marx, *El capital*, Libro I). La enajenación aparece no sólo en el producto del trabajo del obrero, también ocurre dentro de la actividad de producción misma:

después de todo, el producto es el resumen de la actividad, de la producción. Aparece para el obrero como algo exterior, que no es parte de su ser esencial, puesto [...] que en su trabajo [el obrero] no se confirma a sí mismo, sino que se niega a sí mismo, no se siente feliz sino desgraciado, no desarrolla libremente su energía física y mental sino que mortifica su cuerpo y arruina su mente” (Marx, 1975).

En estas condiciones, el trabajador sólo se siente libre cuando no está trabajando, pues su labor no es voluntaria sino coercitiva, labor forzada. En definitiva, el trabajo

se transforma sólo en un medio para satisfacer ciertas necesidades y no en un fin en sí mismo. El trabajo aparece como un acto de autosacrificio y mortificación. Por otra parte, el trabajo en el capitalismo aparece como externo al obrero porque él no lo controla, el trabajo no es suyo sino de otra persona, de manera que “él no se pertenece a él, a sí mismo, sino a otro” (Marx, 1975: 75).

En ese modo de producción, tanto la relación del obrero con el producto de su trabajo como su relación con ese mismo trabajo llevan la marca de la alienación. Está alienado en cuanto al producto, que cuando ha sido creado, se le escapa, es desposeído de él. El producto del trabajo se opone al trabajo como si fuera un ser extraño, como si el producto fuese una potencia independiente del productor (Marx, 1991).

En el proceso de trabajo,

el obrero pone su vida en el objeto y desde entonces su vida ya no le pertenece, es del objeto. El producto de su trabajo no es del propio obrero, pues su trabajo se queda fuera de él, independiente de él, extraño a él. Esto quiere decir que la vida prestada por el obrero al objeto pasa a erguirse frente a su autor como una fuerza enemiga y extraña (Marx, 1975).

De aquí surge la contradicción entre la dimensión transformadora de la naturaleza y el valor del trabajo tal como es vivido por los trabajadores. Primeramente

el trabajo es exterior al obrero: es decir que no pertenece a su ser; por consiguiente, no se afirma en su trabajo, sino que muy por el contrario reniega de él; lejos de sentirse feliz en él, se siente desdichado, no desarrolla en él ninguna energía libre, ni física ni moral, sino que mortifica en él su cuerpo y arruina su espíritu. Por esto es por lo que el obrero no se siente como en su casa sino cuando ha dejado de trabajar; cuando trabaja no se siente como en casa. Su trabajo no es voluntario, sino forzado; no es por lo tanto la satisfacción de una necesidad, sino un medio para satisfacer necesidades externas a él. El que el trabajo es completamente extraño al obrero, nos lo demuestra claramente el hecho de que rehuye del trabajo como de la peste, cuando no existe apremio físico o de otra clase. El trabajo externo, el trabajo en el cual el hombre se sale de sí mismo, es un sacrificio de sí mismo, una mortificación.

La exterioridad del trabajo respecto del trabajador se echa de ver en que el trabajo no es suyo, sino de otro, [...] que en su trabajo no se pertenece a sí mismo, sino que pertenece a otro. En esas condiciones, el trabajo del obrero no es su actividad propia, es de otro, y es la pérdida de su individualidad (Marx, 1975).

En la alienación del producto hay una alienación del hombre para con la naturaleza. Como sobre la naturaleza se ejerce el trabajo, el hombre se objetiva en la naturaleza. Produce en cierto modo a la naturaleza y la reproduce a través de cada producto particular de su actividad. La naturaleza se convierte así en su enemiga, pues cuando se le quita su producto se le aliena la naturaleza entera que debía ser suya.

La universalidad del hombre se refleja en la universal apropiación de la naturaleza, mediante un trabajo que no es sólo instintivo y predeterminado, sino capaz de actuar sobre todas las fuerzas de la naturaleza y tratar a todos sus objetos. En el

mundo capitalista, el trabajador alienado se ve al contrario violentamente apartado de su naturaleza, duramente devuelto a la particularidad de su estar ahí, biológico. Para él la naturaleza no es más que un medio de subsistencia, el medio de existencia, al igual que lo separa del animal. El hombre se encuentra también alienado para con la sociedad y para con otro hombre.

La relación del hombre consigo mismo no pasa a ser real y objetiva sino mediante sus relaciones con los demás hombres. Por consiguiente, cuando un hombre se comporta con el producto de su trabajo, con su trabajo objetivado como si fuese un objeto ajeno, hostil, poderoso e independiente de él, es que otro hombre, extraño, hostil, poderoso e independiente de él, es dueño de ese objeto. Cuando se encuentra respecto de su propia actividad en una situación de esclavo, esa actividad está al servicio, bajo el dominio, la sujeción y el yugo de otro hombre (Marx, 1975[1844]).

En el sistema capitalista el trabajo se encuentra alienado pues no permite alcanzar el objetivo de desarrollar, espiritualizar, humanizar la naturaleza. Esto es así porque predomina la propiedad privada de los medios de producción, porque el trabajo no se hace de manera voluntaria sino obligado por la necesidad, ya que el trabajo se ha convertido en una mercancía, que relaciona al trabajador con la materia como algo extraño a sí mismo. Además, el trabajador percibe a cambio de su trabajo un salario que, a menudo, es insuficiente y produce algo que no será suyo, sino de quien le paga el salario.

En la sociedad del futuro, después del derrumbe de la sociedad productora de mercancías (en el comunismo, dirá Marx), se pasaría del reino de la necesidad al reino de la libertad: “El reino de la libertad comienza solamente a partir del momento en que cesa el trabajo dictado por la necesidad y finalidades exteriores; se sitúa entonces, por su misma naturaleza, más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha” (Marx, 1991). La nueva sociedad será posible sólo cuando el hombre no se vea forzado a trabajar para satisfacer sus necesidades, sino que pueda hacerlo para liberarse y emanciparse.

Así como el hombre primitivo, el hombre civilizado está forzado a medirse, a enfrentarse con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, conservar y reproducir su vida. Esta restricción existe para el hombre en todas las formas de la sociedad y bajo todos los tipos de producción. En este ámbito la libertad no puede consistir sino en esto: los productores asociados, el hombre socializado, regulan de manera racional sus intercambios orgánicos con la naturaleza y los someten a su control común en lugar de ser dominados por la potencia ciega de esos intercambios, y ellos las cumplen gastando la menor cantidad de energía posible, en las condiciones más dignas, las más conformes con la naturaleza humana. Pero el imperio de la necesidad no subsiste. Es más allá que comienza el desarrollo de la potencia humana que es su propio fin, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo no puede florecer más que fundándose sobre el reino de la necesidad. La reducción de la jornada de trabajo es la condición fundamental para esta liberalización (Marx, 1991).

Marx hablaba de la transición entre el reino de la necesidad (realidad actual) y el

reino de la libertad, queriendo significar lo que está más allá de la producción y la reproducción material, es decir, el momento en que se habrán colmado las necesidades materiales y los seres humanos se habrán liberado de ellas. Es decir, cuando cese el trabajo determinado por la necesidad y por una finalidad externa a los seres humanos. En esa circunstancia se hará posible el libre despliegue del ser y la actualización de sus potencialidades. El reino de la libertad sólo puede ser posible cuando los seres humanos estén socializados, sean productores asociados que regulen el metabolismo con la naturaleza, poniéndola bajo su control, utilizando el progreso científico y tecnológico para aumentar la fuerza productiva del trabajo y reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir cada cosa, liberando tiempo libre para llevar a cabo las actividades más nobles y más propiamente humanas: la ciencia, la vida política, el arte.

Para concluir, recordemos nuevamente que, para Marx,

el trabajo, como creador de valores de uso, como trabajo útil e indispensable para la existencia del hombre -cualesquiera sean las formas de sociedad-, es una necesidad natural y eterna para realizar el intercambio material entre el hombre y la naturaleza, y por lo tanto para mantener la vida humana (Marx, 1991).

El trabajo es entonces constitutivo de la esencia del hombre, pues es por intermedio de él que “se afirma y desenvuelve una libre actividad física e intelectual” (Marx, 1975).

## *9. Trabajo, fuerza de trabajo y capital*

### *9.1. Trabajo, fuerza de trabajo y trabajo socialmente necesario*

A partir de la comprensión de las diferencias entre valor de uso, valor de cambio y valor, Marx puede precisar las diferencias fundamentales que existen entre los conceptos trabajo, fuerza de trabajo y trabajo socialmente necesario. Estos conceptos son claves para la comprensión del carácter del sistema capitalista.

¿Cómo agrega el obrero tiempo de trabajo, y por ende valor? Lo hace siempre y únicamente bajo la forma de su modalidad particular laboral productiva [...]. Pero por medio de la *forma, orientada a un fin*, en que esos obreros incorporan *trabajo en general* y por tanto valor nuevo ... se convierten en elementos constitutivos de un producto, de un *nuevo valor de uso* (Marx, 1991: 242).

Más detalladamente:

todo trabajo es, por un lado, gasto de fuerza humana de trabajo en un sentido fisiológico, y es en esta condición de trabajo humano igual, o de trabajo abstractamente humano, como constituye el valor de la mercancía. Todo trabajo, por otra parte, es gasto de fuerza humana de trabajo en una forma particular y orientada a un fin, y en esta condición de trabajo útil concreto produce valores de uso (Marx, 1991: 57).

Es decir que el trabajo, como una forma de expresión de la actividad del hombre, permite crear cosas útiles, lo que Marx denomina valores de uso. Por otra parte, como el trabajo humano abstracto es lo que constituye la esencia del valor de cambio, una cierta cantidad de tiempo de trabajo incorpora siempre la misma cantidad de valor a una mercancía, aún cuando por la cualidad del trabajo realizado y por su productividad los valores de uso creados puedan cambiar.

“El mismo trabajo, pues, por más que cambie la fuerza productiva, rinde siempre la misma magnitud de valor en los mismos espacios de tiempo. Pero en el mismo espacio de tiempo, suministra valores de uso en cantidades diferentes” (Marx, 1991). Por ejemplo, si en diez horas de trabajo se producen cinco unidades de una determinada mercancía, un incremento en la fuerza productiva del trabajo podrá eventualmente producir diez unidades de la misma mercancía. El valor total incorporado a los valores de uso será siempre de diez horas, aunque primero cada uno incorporaba dos horas de valor y luego tan sólo una hora. Crece el volumen de producción, pero como la cantidad total de valor incorporado por el trabajo en esa fracción de tiempo no varía y se mantiene constante, cada unidad del producto (con su respectivo valor de uso) contiene en promedio una menor cantidad de valor (de cambio), es decir que se desvaloriza.

Pero trabajo no es igual a fuerza de trabajo: “por fuerza de trabajo o capacidad de trabajo entendemos el conjunto de las facultades físicas y mentales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano y que él pone en movimiento cuando produce valores de uso de cualquier índole” (Marx, 1991: 202). La fuerza de trabajo aparece en el capitalismo como una mercancía. Pero ello sólo ocurre en tanto “su propio poseedor –la persona a quien pertenece esa fuerza de trabajo– la ofrezca y venda como mercancía” (Marx, 1991: 203), lo cual es posible si el potencial obrero es propietario libre de su capacidad de trabajar. El empresario (poseedor de dinero) y el obrero (quien ofrece su fuerza de trabajo) se enfrentan como poseedores de mercancías en una relación de supuesta igualdad. Por otra parte, para que esa relación perdure se necesita que el trabajador “la venda siempre por un tiempo determinado” (Marx, 1991: 204) a diferencia del esclavo que vendía su fuerza de trabajo por siempre (y por lo tanto vendía su misma persona). Además, debe satisfacerse una segunda condición para que el poseedor de dinero encuentre en el mercado la fuerza de trabajo como mercancía, y ésta es que su dueño sólo pueda ofrecer para la venta esa fuerza de trabajo y no otras mercancías que expresen el resultado de su trabajo. Tiene que ocurrir que “el poseedor de ésta [de la fuerza de trabajo], en vez de poder vender mercancías en las que se haya objetivado su trabajo, deba [...] ofrecer como mercancía su fuerza de trabajo misma” (Marx, 1991: 205). En consecuencia, para que la fuerza de trabajo se presente como una mercancía, el obrero debe ser libre en un doble sentido. Por un lado, libre ya que “dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya” y, por otro, pues “carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo” (Marx, 1991: 205).

Por otra parte, Marx comprende que es indispensable diferenciar la cantidad de trabajo gastada en la producción de una determinada mercancía de lo que él llamó tiempo de trabajo socialmente necesario, aquel que crea valor. “Sólo el tiempo de trabajo socialmente necesario cuenta como formador de valor [...] es aquel que se requiere para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales vigentes en una sociedad y con el grado social medio de destreza e intensidad de trabajo” (Marx, 1995b: 975). Por lo tanto, “la magnitud de valor [de cambio] de una mercancía varía en razón directa a la cantidad de trabajo [socialmente necesario] efectivizado en ella e inversa a la fuerza productiva de ese trabajo” (Marx, 1995b: 976). Un incremento en la fuerza productiva del trabajo implica “una modificación en el proceso de trabajo [por el cual se reduce] el tiempo de trabajo socialmente requerido para la producción de una mercancía” (Marx, 1995b: 382), esto es que una determinada cantidad de trabajo adquiere la capacidad de producir una cantidad mayor de valor de uso.

El valor real de una mercancía no depende, en consecuencia, de su valor *individual*, sino de su valor *social*, es decir “no se mide por el tiempo de trabajo que insume efectivamente al productor en cada caso individual, sino por el tiempo de trabajo requerido socialmente para su producción” (Marx, 1995b: 385). Por otra parte, el tiempo de trabajo relevante es el que se requiere en las condiciones actuales y no en el momento en que la mercancía se produjo: “se opera un efecto retroactivo sobre la vieja mercancía, que cuenta siempre tan sólo como un ejemplar individual de su género” (Marx, 1995b: 253).

## 9.2. *El capital como valor en proceso*

La circulación de mercancías es el punto de partida del capital. La producción de mercancías y la circulación mercantil son los presupuestos históricos bajo los cuales surge (Marx, 1991: 179). Además, el dinero, el producto último de la circulación de las mercancías, es la primera forma de aparición del capital. Todo nuevo capital entra en acción, en los mercados de mercancías, de trabajo o de dinero, siempre como dinero que, por medio de determinados procesos, habrá de convertirse en capital.

Marx explica cómo existe una diferencia fundamental en el papel que el dinero juega en el capitalismo y que hace a la constitución del capital. En la circulación mercantil, el proceso central es identificado por la relación M-D-M, es decir, la conversión de mercancía (M) en dinero (D) y su reconversión en mercancía. Vender para comprar, dice Marx (Marx, 1991: 180). Paralelamente, sin embargo, existe otra forma distinta de ésta: la forma D-M-D, la conversión de dinero en mercancía y su reconversión en dinero; comprar para vender (Marx, 1991). De esa manera, el dinero en su movimiento, ajustándose a este último tipo de circulación, “se transforma en capital, deviene capital” (Marx, 1991: 180).

Sin embargo, en la determinación del dinero como capital, mientras los extremos de la relación tienen la misma forma económica, ambos son dinero y por ello no son

valores de uso cualitativamente diferentes, la segunda suma debe distinguirse de la primera por su magnitud: “el proceso D-M-D no debe su contenido a ninguna diferencia cualitativa entre sus extremos, [...] sino solamente a su diferencia cuantitativa” (Marx, 1991: 184).

La forma plena de este proceso será entonces D-M-D', donde  $D' = D + \Delta D$ , es decir, “la suma de dinero adelantada más un incremento”. Será ese excedente por encima del valor original lo que Marx denomina plusvalor (*surplus value*). “El valor adelantado originalmente no sólo se conserva en la circulación, sin que en ella *modifica la magnitud de su valor*, adiciona un plusvalor o se *valoriza*. Y este movimiento lo *transforma en capital*” (Marx, 1991: 184, cursiva en el original). En consecuencia, será la circulación del dinero como capital un fin en sí mismo, pues “la valorización del valor existe únicamente en el marco de este movimiento renovado sin cesar” (Marx, 1991: 186).

En la circulación D-M-D, la mercancía y el dinero actúan sólo como diferentes modos de existencia del valor mismo; el dinero como modo general de existencia y la mercancía como modo particular (Marx, 1991: 188). El valor pasa constantemente de una forma a la otra, convirtiéndose en el sujeto de un proceso en el cual modifica su propia magnitud, se autovaloriza (Marx, 1991). El valor se convierte en “valor en proceso, dinero en proceso, y en ese carácter capital” (Marx, 1991: 189).

Sin embargo, Marx señala que la formación del plusvalor y, en consecuencia, la transformación del dinero en capital, no puede explicarse “ni porque los vendedores enajenen las mercancías por encima de su valor, ni porque los compradores las adquieran por debajo de su valor” (Marx, 1991: 196). Es decir que el plusvalor como un todo no puede surgir de que algunos productores/comerciantes compren barato (y por ello, algunos vendan barato) u otros compren caro (y en consecuencia, otros vendan caro) sus mercancías: “la clase capitalista de un país no puede lucrar colectivamente a costa de sí misma” (Marx, 1991: 199).

Pero, entonces, ¿de dónde puede surgir el plusvalor?

Marx señala que dado que el cambio en el valor del dinero que se transforma en capital no puede surgir del dinero mismo, pues sólo realiza el precio de las mercancías que compra o paga, el cambio debe producirse en el consumo de la mercancía adquirida (Marx, 1991: 203).

Pero para ello habrá que descubrir “dentro de la esfera de la circulación” una mercancía cuyo valor de uso sea fuente de valor, “cuyo consumo efectivo mismo, pues, fuera objetivación de trabajo, y por tanto creación de valor” (Marx, 1991). Y en efecto, Marx señala que quienes poseen dinero encuentran en el mercado esa mercancía específica: la fuerza de trabajo o capacidad de trabajo.

Sin embargo, Marx reconoce que para que los poseedores de dinero puedan encontrar a la fuerza de trabajo como una mercancía en el mercado, deben cumplirse diversas condiciones (Marx, 1991). Primero, la fuerza de trabajo debe aparecer en el mercado, porque la persona a quien pertenece debe ofrecerla y venderla como mercancía. Pero para ello, esa persona debe ser propietaria libre de su capacidad de tra-

bajar. Además, tanto ésta como el poseedor de dinero deben poder encontrarse en el mercado en calidad de poseedores de mercancías dotados de los mismos derechos, es decir, como personas jurídicamente iguales (Marx, 1991: 204). Además, quien vende su fuerza de trabajo debe hacerlo sólo por un tiempo determinado, “no renunciando, por tanto, con su enajenación a su propiedad de ella” (Marx, 1991). Es decir que el poseedor de la fuerza de trabajo no se convierte en esclavo, sino que permanece como propietario de una mercancía.

La segunda condición esencial es que el poseedor de fuerza de trabajo “en vez de poder vender mercancías en las que se haya objetivado su trabajo, deba, por el contrario, ofrecer como mercancía su fuerza de trabajo misma” (Marx, 1991: 205). Esto implica que quien ofrece su fuerza de trabajo en el mercado, como una mercancía, debe carecer tanto de medios para la producción de otras mercancías como de medios de subsistencia. Sólo así esa persona se verá forzada a ofrecer su fuerza de trabajo para la venta.

En síntesis, “para la transformación del dinero en capital, el poseedor de dinero, pues, tiene que encontrar en el mercado de mercancías al obrero libre; libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancías suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo” (Marx, 1991: 205).

## *10. Capitalismo y explotación del trabajo*

### *10.1. El salario: ¿pago por el uso de la fuerza de trabajo?*

En general se piensa que el salario es el pago por el trabajo del obrero. Es decir, se interpreta que el salario cubre el esfuerzo que el trabajador realiza en todo el tiempo que se encuentra ocupado como asalariado. Es decir, se cree que el salario es el “justo pago” por el trabajo realizado por el obrero, el precio de una mercancía.

Marx indica que esta apreciación parte de la confusión de los conceptos de fuerza de trabajo y trabajo. No puede ser que el trabajo sea vendido en el mercado como una mercancía, ya que el trabajo, es decir, la actividad productiva concreta del obrero, no se realiza sino luego de que el trabajador es contratado. “Para que se lo pudiera vender en el mercado como mercancía, el trabajo, en todo caso, tendría que existir antes de ser vendido” (Marx, 1994: 652).

Por otra parte, dice Marx, “si el trabajador pudiera darle al trabajo una existencia autónoma, lo que vendería sería una mercancía y no trabajo” (Marx, 1994: 652). Esto es, si el trabajador tuviera la posibilidad de producir por fuera de su relación con el capitalista, es decir, si tuviera sus propios medios de producción, lo que ofrecería en el mercado sería el producto de su trabajo, un producto-mercancía y no su [capacidad transformadora, su fuerza de] trabajo.

Lo que se vende en el mercado es la fuerza de trabajo (capacidad de trabajar) y no el trabajo: “en el mercado, lo que se contrapone directamente al poseedor de

dinero [del capitalista] no es en realidad el trabajo, sino el obrero. Lo que vende este último es su fuerza de trabajo” (Marx, 1994: 653). O mejor dicho, el derecho a usar su fuerza de trabajo.

Es el tiempo de trabajo involucrado en la (re)producción de las mercancías el factor que determina su valor. “Una mercancía tiene un valor por ser cristalización de un trabajo social. La magnitud de su valor o su valor relativo depende de la mayor o menor cantidad de sustancia social que encierra; es decir, de la cantidad relativa de trabajo necesaria para su producción” (Marx, 1971: 86). Ahora bien, el trabajo es “la sustancia social común a todas las mercancías” (Marx, 1971: 85); es decir, trabajo social y no simplemente trabajo (privado): trabajo asociado a la producción de mercancías como parte integrante del trabajo invertido por la sociedad, integrado a la división del trabajo dentro de la sociedad (Marx, 1971: 86).

La fuerza de trabajo, como cualquier otra mercancía, debe tener un valor. Según Marx, éste se determina por el tiempo de trabajo necesario para su producción y reproducción. El valor de la fuerza de trabajo se determinará, en consecuencia, por el costo de (re)producción de la fuerza de trabajo del obrero. Esto es equivalente al valor de los medios de subsistencia necesarios para el mantenimiento del trabajador. Así, su valor se reduce al valor de una cantidad más o menos precisa de mercancías ordinarias.

En consecuencia, el salario deberá, en promedio, alcanzar para conseguir que el trabajador ceda su capacidad de trabajo al empresario pero eso no significa que necesariamente ese salario será equivalente al valor de su esfuerzo.

Mientras el trabajo del obrero representa un determinado número de horas de labor (y en un producto resultante de ese esfuerzo), el salario deberá alcanzar para que el obrero acepte vender al capitalista su fuerza de trabajo y pueda continuar haciéndolo de manera sistemática.

El salario es “sólo una forma disfrazada, una forma bajo la cual [...] el precio [...] del trabajo se presenta como el precio del trabajo desplegado por esa fuerza de trabajo durante [un período]” (Marx, 1997: 35). En el momento en que la fuerza de trabajo se encuentra en el mercado actuando como una mera mercancía para su poseedor, entonces “su compra y venta no representa nada más sorprendente que la compra y venta de cualquier otra mercancía” (Marx, 1997: 36). La característica peculiar del capitalismo no es que se pueda comprar una mercancía como la fuerza de trabajo, sino que la fuerza de trabajo se presente y aparezca como mercancía.

## *10.2. Trabajo pago y trabajo impago*

Dada la naturaleza del sistema capitalista, el salario (es decir, el valor de la fuerza de trabajo) del obrero siempre será menor que la productividad media del trabajo (el valor creado por el trabajo del obrero). Esto significa que el trabajador no cobrará nunca el total del resultado de su trabajo. Esto es así puesto que el capitalista, para obtener alguna ganancia, necesita hacer trabajar al obrero por más tiempo que el

necesario para que éste produzca el equivalente a su salario. El valor de la fuerza de trabajo, dice Marx “siempre tiene que ser necesariamente menor que el producto del valor [del trabajo]” (Marx, 1994: 656).

La cuestión que Marx buscaba dilucidar era cuál debía ser el valor de cambio del trabajo si el trabajo era la esencia del valor de cambio. Es decir, si el tiempo de trabajo es el criterio del valor de cambio: ¿cómo se puede determinar el salario?, ¿cómo se efectúa el cambio entre el capital y el trabajo, sobre la base objetiva de un cambio igual [intercambio de equivalentes]?<sup>10</sup> (Mandel, 1970: 102). Y responde: “si hiciera falta una jornada de trabajo para mantener vivo a un obrero durante una jornada, el capital no podría existir, pues la jornada de trabajo se cambiaría por su propio producto y el capital no podría valorizarse como capital y no podría por tanto subsistir. Pero si sólo basta media jornada de trabajo para mantener vivo a un obrero durante toda una jornada de trabajo, entonces de ello resulta la plusvalía [el excedente del empresario]” (Marx, 1980: 230, citado por Mandel, 1970: 103). Es decir, si el trabajador recibiera por salario el equivalente del producto de su trabajo, no existiría un excedente que pudiera ser apropiado por el capitalista para valorizar el capital.

El salario paga entonces sólo una parte del (tiempo de) trabajo del obrero, ya que hay una diferencia clara entre el trabajo necesario para garantizar la reproducción de la capacidad de trabajo del obrero (que es pagado con el salario) y el excedente o plus-trabajo (que permanece impago). Este excedente aparece bajo la forma de ganancia del capitalista. La ganancia es “una forma trasmutada del plusvalor, una forma en la cual se vela y extingue el origen y el misterio de la existencia de éste” (Marx, 1997b: 55). El plusvalor descubre la relación que existe entre el capital y el trabajo, mientras que la ganancia aparece como una relación del capital con él mismo. En esa relación de la ganancia con el capital éste se distingue “como suma originaria de valor, de un valor nuevo puesto por él mismo” (Marx, 1997b: 56). El plusvalor se escinde luego en diversas subformas (interés del capital, renta de la tierra, impuestos, etc.) y “en la mayor parte de los casos, no coincide en modo alguno con la ganancia, tal como el capitalista se la apropia” (Marx, 1997b: 57).

Lo que crea la plusvalía no es el cambio (de fuerza de trabajo por un salario) sino “un proceso gracias al cual el capitalista obtiene sin cambio, sin equivalente, gratuitamente, tiempo de trabajo materializado en valor” (Mandel, 1970: 103). En ese proceso, el capitalista disfruta del valor de uso de la fuerza de trabajo que tiene la cualidad de producir valor por encima de su propio costo de reproducción.

La remuneración en forma de salario oculta esta circunstancia y la confusión entre trabajo y fuerza de trabajo hace aparecer como que el salario paga el monto

<sup>10</sup> Marx inicia esta discusión sobre la base de suponer que el intercambio de fuerza de trabajo por salario es un intercambio de equivalentes. Esto significa que supone que al trabajador se le paga por el valor completo de la mercancía que ofrece. Busca descubrir la esencia de la explotación del trabajo sin comenzar suponiendo la injusticia de los intercambios. Si el trabajador fuera remunerado por menos que el equivalente del valor de su fuerza de trabajo, la explotación sería obviamente mayor; pero Marx busca mostrar que ésta no requiere este tipo de intercambio desigual.

total del trabajo del obrero: “la forma de salario [...] borra toda huella de la división de la jornada laboral entre trabajo necesario y plus trabajo, entre trabajo pago e impago. Todo trabajo aparece como trabajo pago” (Marx, 1994: 657). Mientras en el esclavismo la relación de propiedad (del esclavo en relación con el amo) vela el hecho de que el esclavo trabaja durante una parte de la jornada para reproducir sus propios medios de subsistencia (es decir, trabaja para sí mismo), en el capitalismo la relación dineraria de la forma salario encubre el hecho de que el trabajador trabaja de manera gratuita para el empresario durante una parte de su jornada laboral (Marx, 1994: 657).

Manteniendo constante la duración de la jornada laboral y el valor de la fuerza de trabajo, en la medida en que se incremente la productividad del trabajo, la magnitud del trabajo impago también se incrementará, pues aumentará la diferencia entre el producto del trabajo y el valor de la fuerza de trabajo (cuya expresión dineraria es el salario).

Por otra parte, si se incrementa la productividad del trabajo en aquellas industrias que producen mercancías que forman parte del costo de reproducción de los trabajadores, el valor de la fuerza de trabajo se reducirá, lo cual permitiría reducir el salario nominal, sin que esto implicara una reducción en el salario real (es decir que si el pago por la fuerza de trabajo se reduce, eso no impide a los trabajadores adquirir los mismos productos para su consumo que antes). Sin embargo, la reducción en el valor de la fuerza de trabajo redundará en un incremento en la masa de trabajo impago, como veremos más adelante.

Alternativamente podría ocurrir que, con la productividad laboral constante, se incremente la jornada de trabajo o se reduzca su “porosidad”, sin un incremento en el salario nominal. El obrero trabaja más horas o lo hace más intensamente, creando en consecuencia más valor por el mismo salario, de lo cual resultará un incremento de la magnitud del trabajo impago, aunque ahora sin que se produzca una caída en el valor de la fuerza de trabajo.

### *10.3. Extracción de plusvalor. Plusvalor absoluto y relativo*

A partir de un determinado nivel de productividad del trabajo humano, afirma Marx, la fuerza de trabajo comprada por el capitalista y utilizada por él produce más valor que el que hace falta para cubrir los gastos de subsistencia y la reproducción del trabajador. De allí que

el trabajo pasado que encierra la fuerza de trabajo y el trabajo actual que puede ejecutar sus gastos de mantenimiento diarios y el gasto que de ellos se hace al día son dos cosas completamente diferentes. El costo de la fuerza determina su valor de intercambio, el gasto de la fuerza constituye su valor de uso. Si media jornada de trabajo basta para hacer vivir al obrero durante veinticuatro horas, no por ello se infiere que no pueda trabajar una jornada entera. El valor que la fuerza de trabajo posee y el valor que puede crear, difieren, por lo tanto, en su dimensión. Es una diferencia de valor lo que el capitalista tenía a la

vista cuando compró la fuerza de trabajo. La aptitud de ésta para hacer hilados o manojos no era más que una condición *sine qua non*, porque el trabajo ha sido utilizado en una forma útil para que produzca valor. Pero lo que devino el negocio era la utilidad específica de esa mercancía, al ser fuente de valor, y de más valor que el que posee en sí. Tal es el servicio especial que el capitalista le pide. Se conforma en este caso con las leyes eternas del intercambio de las mercancías. En efecto, el vendedor de la fuerza de trabajo como el vendedor de cualquier otra mercancía realiza su valor intercambiable y enajena su valor usual (Marx, *El capital*, Libro I).

El capitalista, al transformar el dinero en mercancías que sirven de elementos materiales de un nuevo producto y al incorporarles luego la fuerza de trabajo vivo, transforma el valor –trabajo pasado, muerto, que se ha hecho cosa– en capital, en valor henchido de valor, monstruo animado que se pone a trabajar como si tuviera el demonio en el cuerpo. En resumen, “la producción de plusvalía no es otra cosa más que la producción de valor prolongada más allá de cierto punto” (Marx, *El capital*, Libro II).

“De esa plusvalía así definida se puede determinar el porcentaje. Para ello hay que hacer una distinción en las sumas invertidas al comienzo del proceso de producción, entre el capital constante y el capital variable. El capital variable es susceptible de incremento mediante la añadidura de plusvalía a lo largo de la producción: [el capital variable] sirve para comprar la fuerza de trabajo.” El concepto de beneficio neto se corresponde con bastante exactitud con la noción de plusvalía; el beneficio neto hay que compararlo con el trabajo necesario para la producción de los medios de subsistencia y de reproducción del obrero.

Dice Marx, “denominamos beneficio neto –*surplus produce*– a la parte del producto que representa la plusvalía. Igual que el porcentaje de ésta, se determina mediante comparación, no con la suma total, sino con la parte variable del capital; igualmente, el importe del beneficio neto viene no determinado por su comparación con la suma restante, sino con la parte del producto que representa el trabajo necesario”. Y “todo lo que reduce el tiempo necesario para la producción de la fuerza de trabajo incrementa *ipso facto* el terreno del supertrabajo” (Marx, *El capital*, Libro II).

“El obrero incorpora al objeto de trabajo un nuevo valor mediante la adición de una cantidad determinada de trabajo” (Marx, 1991: 241). Por otro lado, los valores de los medios de producción (maquinarias e insumos no humanos) consumidos en el proceso productivo aparecen “como partes constitutivas del valor del producto” (Marx, 1991). Es decir que el valor de los medios de producción no cambia en el proceso de producción sino que se conserva por su transferencia al producto. Esa transferencia de valor se produce durante la transformación del objeto de trabajo en producto, transformación que es mediada por el trabajo humano.

El valor de una mercancía es, en consecuencia, el resultado de adicionar el capital variable y el plusvalor al valor transferido por el capital constante. “La parte del capital [...] que se transforma en medios de producción [...], no modifica su magnitud de valor en el proceso de producción” (Marx, 1991: 252) y por eso Marx lo

denomina parte constante del capital o capital constante. Por otro lado, la parte del capital convertida en fuerza de trabajo cambia su valor en el proceso productivo: “reproduce su propio equivalente [de valor] y un excedente por encima del mismo, que [...] puede variar” (Marx, 1991). En consecuencia, esa parte del capital se convierte de constante a variable, por ello Marx la llama capital variable. El plusvalor, por su lado, es justamente ese excedente que se crea por encima del valor de las mercancías que se han utilizado (consumido) en el proceso productivo, esto es, los medios de producción y la fuerza de trabajo.

En tanto trabajo abstracto, durante una parte de la jornada, el obrero crea primero valor, “el obrero se limita a producir el valor de su fuerza de trabajo, [...], el valor de los medios necesarios de subsistencia...” (Marx, 1991: 260). Durante el resto de su jornada de trabajo, sin embargo, el obrero trabaja para el capital, generando un producto que pasa a ser propiedad de quien, pagando el salario, alquiló el derecho a usar su fuerza de trabajo durante una cierta fracción de tiempo: “el segundo período del proceso laboral [...] no genera ningún valor para él. Genera plusvalor” (Marx, 1991: 261).

El capitalista no puede normalmente contentarse con subutilizar la potencialidad productiva de la fuerza de trabajo dada la presión de la competencia que se manifiesta en el mercado.<sup>11</sup> De manera externa, éste le impone leyes coercitivas para seguir una lógica tendiente a obtener como finalidad una plusvalía cada vez mayor. Para que esto se produzca, cuando se trata de un colectivo de trabajo en el cual debe primar la coordinación y la cooperación, el capitalista debe ejercer una función directiva, de vigilancia y de control sobre el conjunto de los trabajadores.<sup>12</sup>

Cabe resaltar que el plustrabajo no fue creado por el capitalismo. Marx señala que dondequiera que una parte de la sociedad pueda ejercer el monopolio de los medios

<sup>11</sup> En efecto, el trabajo que el obrero aplica a la producción debe ser tiempo de trabajo socialmente necesario, puesto que ése es el único que crea valor. Esto significa que “el obrero debe ejecutar en un tiempo determinado [la cantidad] socialmente normal de trabajo útil, y por ello el capitalista obliga al obrero a que su trabajo alcance cuando menos ese grado medio de intensidad” (Marx, 1981: 16). Además, si el capitalista logra que el obrero trabaje con una intensidad mayor que la media social, podrá obtener una mayor porción de la plusvalía total creada por él en la escala societal.

<sup>12</sup> Es importante señalar que la actitud del capitalista frente al conjunto de los trabajadores afecta también la conservación del valor del capital constante en el proceso productivo. Efectivamente, ésta depende en parte de que se lo consuma productivamente, es decir que no se lo desperdicie, porque de otra manera el producto final contendrá un mayor valor que el socialmente necesario. Esto dependerá parcialmente de la actitud de los obreros mismos y “aquí es donde comienza la vigilancia del capitalista” (Marx, 1981: 15). Por otra parte, también será necesario que el trabajo del obrero se realice de manera ordenada y con arreglo al fin de convertir los medios de producción en un producto que pueda realizarse (venderse) de manera adecuada. Nuevamente “aquí reaparece la vigilancia y disciplina del capitalista” (Marx, 1981). El proceso de transferencia y creación de valor se encuentra atravesado por el conflicto esencial entre capitalistas y trabajadores.

de producción “el trabajador, libre o no, se ve obligado a añadir al tiempo de trabajo necesario para su propia subsistencia tiempo de trabajo excedentario y producir así los medios de subsistencia para el propietario de los medios de producción” (Marx, 1991: 282). A diferencia del capitalismo, sin embargo, en formaciones económico-sociales donde no prepondera el valor de cambio sino el valor de uso del producto, el plus-trabajo está limitado por un círculo de necesidades más estrecho o más amplio, pero no surge del carácter mismo de la producción una necesidad ilimitada de plus-trabajo (Marx, 1991).

El capitalista intentará incrementar siempre la relación entre el trabajo excedente y el trabajo necesario (esa relación se conoce como tasa de plusvalor). Esto procurará incrementar la rentabilidad del capital, ya que le permitirá, en principio, obtener más valor (más plusvalor) a partir de una misma inversión en la compra de fuerza de trabajo. Tendrá fundamentalmente dos formas de aumentar tal relación. Por una parte, Marx denomina plusvalor absoluto al producido mediante la prolongación de la jornada laboral (lo que implica la extensión del tiempo de trabajo excedente), mientras al que resulta de la reducción en el tiempo necesario y por lo tanto en la proporción entre ambos componentes de la jornada laboral (trabajo necesario y trabajo excedente) lo denomina plusvalor relativo (Marx, 1994: 382).

Incrementando la duración de la jornada de trabajo, el capitalista amplía la extracción de “plusvalor absoluto”. Ésta se podrá extender en tanto sea posible reponer la fuerza de trabajo. La duración de la jornada laboral ha sido uno de los ejes más importantes de la batalla entre el capital y el trabajo. “En la historia de la producción capitalista la reglamentación de la jornada laboral se presenta como una lucha en torno a los límites de dicha jornada, una lucha entre [...] la clase capitalista y [...] la clase obrera” (Marx, 1991: 282).

Otra manera de incrementar la explotación del trabajo mediante la extracción de plusvalor absoluto supone la mayor intensificación del trabajo (producto del aumento en el ritmo de trabajo o de la disminución de la porosidad de la jornada, eliminando el tiempo muerto de ésta) (Neffa, 1989).

El capitalista buscará además acrecentar la extracción de “plusvalor relativo”. Este proceso será producto de la reducción del trabajo necesario en la producción (Marx, 1994: 380). Así puede ocurrir aun si el salario del obrero no se reduce por debajo de su valor, ya que la reducción en el tiempo de trabajo socialmente necesario puede caer si el valor mismo de la fuerza de trabajo se reduce, lo que supone una “revolución en las condiciones de producción [del trabajo], esto es, en su modo de producción” (Marx, 1994: 382). Para que caiga el valor de la fuerza de trabajo, suponiendo que no ha cambiado el consumo necesario para su (re)producción, debe incrementarse en la fuerza productiva del trabajo en las ramas industriales en las cuales se fabrican los productos que determinan el valor de la fuerza de trabajo (Marx, 1994: 383). Así, aumentará el plusvalor relativo en tanto se incremente la productividad en aquellas ramas que crean las mercancías que constituyen los medios de subsistencia habituales de la fuerza de trabajo.

La creación de “plusvalor relativo” podrá darse también si la fuerza productiva del trabajo se incrementa (es decir, si aumenta la productividad). El mismo proceso que abarata las mercancías (ya que reduce el tiempo de trabajo necesario para su (re)producción), acrecienta el plusvalor (relativo) contenido en ellas (Marx, 1994: 388). Esta economización de fuerza de trabajo mediante el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo puede llevarse a cabo aunque no esté condicionado a la reducción de la jornada laboral, puesto que se propone solamente reducir el tiempo de trabajo necesario para la producción de determinada cantidad de mercancías. Algunos de los medios más usados y eficaces para aumentar el plusvalor relativo son la inversión en educación y formación profesional, el cambio en los sistemas de remuneración para incentivar e involucrar a los trabajadores en los resultados de la empresa, la incorporación del cambio científico y tecnológico a los objetos y medios de trabajo, el uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, las nuevas formas de organización del proceso de trabajo y los nuevos modelos productivos que ahorran tiempo de trabajo directo e indirecto.

#### *10.4. Subsunción formal y real del trabajo en el capital*

En el capitalismo, el proceso de trabajo se transforma en un instrumento del proceso de valorización del capital, de creación de plusvalía. Así es como “el proceso de trabajo se subsume en el capital y el capitalista se ubica en él como dirigente, como conductor” (Marx, 1981: 54).

Para el capitalista, el proceso de trabajo se convierte al mismo tiempo en un proceso de explotación del trabajo ajeno. Es esto lo que Marx denomina *subsunción formal del trabajo en el capital* (Marx, 1981: 54).

Marx entiende como la subsunción formal del trabajo en el capital a la forma fundada en el plusvalor absoluto “puesto que sólo se diferencia formalmente de los modos de producción anteriores sobre cuya base surge directamente, sea que el productor actúe como empleador de sí mismo, sea que el productor directo deba proporcionar plustrabajo a otros” (Marx, 1981: 61).

La subsunción formal del trabajo se caracteriza por la existencia de una relación puramente monetaria entre el que se apropia el plustrabajo y el que lo suministra. Esa relación implica, sin embargo, la subordinación de este último frente al primero. Quien se apropia del plustrabajo es quien posee los medios de producción y por lo tanto establece una situación de dependencia económica frente al trabajador que se ve coaccionado para vender su capacidad de trabajar. Además, la subsunción formal del trabajo requiere que las condiciones objetivas de trabajo (medios de producción) y condiciones subjetivas de trabajo (medios de subsistencia) aparezcan frente al trabajador como capital, bajo el control monopólico de quien adquiere su capacidad de trabajo: “cuanto más plenamente se le enfrentan esas condiciones de trabajo como propiedad ajena, tanto más plena y formalmente se establece la relación entre el ca-

pital y el trabajo asalariado [es] decir, la subsunción formal del trabajo en el capital, condición y premisa de la subsunción real” (Marx, 1981: 61).<sup>13</sup>

Marx indica que la diferencia entre el trabajo formalmente subsumido en el capital y los modos precedentes de emplear el trabajo se aprecia más claramente cuanto más se acrecienta el volumen de capital empleado por el capitalista individual y, por lo tanto, la cantidad de los obreros que ocupa simultáneamente: “tan sólo una vez alcanzado cierto mínimo de capital, el capitalista deja de ser él mismo un trabajador y comienza a ocuparse únicamente de la dirección del proceso laboral y la comercialización de las mercancías producidas” (Marx, 1981: 62). La subsunción real del trabajo en el capital no hará su entrada hasta tanto no se hayan apoderado de la producción capitales de cierta magnitud.

Es importante señalar que la subsunción formal del trabajo no implica cambio alguno en el proceso laboral mismo, que se efectúa igual que antes. Es tan sólo que ahora éste se encuentra subordinado al capital. Lo que ocurre es que en el proceso de producción se establece una relación económica de hegemonía y subordinación, ya que es el capitalista quien consume la fuerza de trabajo y, por lo tanto, la vigila y dirige. Además, el trabajo gana en continuidad e intensidad y se produce una mayor economía en el empleo de las condiciones de trabajo, puesto que todo se organiza de manera que el producto sólo represente el tiempo de trabajo socialmente necesario (o menos) tanto en relación con el uso de trabajo vivo como de trabajo objetivado (Marx, 1981: 61).

En definitiva, la subsunción formal del trabajo en el capital implica reducir la relación entre el poseedor de las condiciones de trabajo (el dueño de los medios de producción) y el obrero a una simple relación de compra-venta o relación monetaria, eliminando de la relación de explotación los resabios de subordinaciones patriarcales y políticas o incluso religiosas.

La aparición de la *subsunción real del trabajo en el capital* ocurre cuando se produce un cambio en la naturaleza real del proceso de trabajo y sus condiciones reales. La subsunción real del trabajo en el capital se desarrolla en todas aquellas formas que producen plusvalía relativa, a diferencia o además de la absoluta.

<sup>13</sup> La comparación entre el trabajo esclavo y el trabajo asalariado hace más claras las características del proceso de subsunción formal del trabajo en el capital. En comparación con el trabajo del esclavo, esta forma de trabajo se vuelve más intensa y productiva. El esclavo trabajaba bajo la amenaza de un temor exterior y no para garantizar su existencia (que no le pertenece pero le está garantizada), mientras el trabajador libre trabaja (debe trabajar) para garantizar su supervivencia. Por otra parte, la ilusión de una determinación personal libre y la responsabilidad asociada a esa libertad hacen de este trabajador uno mucho mejor que el esclavo. El trabajador libre debe, al igual que cualquier vendedor de mercancías, garantizar la calidad de la mercancía que ofrece si no quiere ser desplazado en la competencia por puestos de trabajo. Por último, mientras la continuidad de la relación entre el esclavo y el esclavista es garantizada por la coacción directa de este último sobre el primero, el trabajador libre está obligado a mantener él mismo la relación, ya que su existencia y la de su familia depende de que renueve permanentemente la venta de su fuerza de trabajo (Marx, 1981: 68).

Con la subsunción real del trabajo en el capital se produce la revolución total (que prosigue y repite continuamente) en el modo mismo de producción, en la productividad del trabajo y en la relación entre el capitalista y el obrero, que tan elocuentemente presentan Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*: “por una parte, el modo capitalista de producción, que ahora se estructura como un modo de producción sui géneris, origina una forma modificada de la producción material. Por otra parte, esa modificación de la forma material constituye la base para el desarrollo de la relación capitalista, cuya forma adecuada corresponde, en consecuencia, a determinado grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas del trabajo” (Marx, 1981: 73).

Mientras bajo la subsunción formal del trabajo el capital todavía no ha logrado convertirse en la fuerza dominante, capaz de determinar la forma de la sociedad como un todo (Dinerstein, 2002), en el marco de la subsunción real Marx argumentaba que “las fuerzas productivas sociales del trabajo, o las fuerzas productivas del trabajo directamente social, socializado [...] aparecen en el proceso inmediato de producción [...] como fuerza productiva del capital, no como fuerza productiva del trabajo [...] y en todo caso no como fuerza productiva del obrero individual ni de los obreros combinados en el proceso de producción” (Marx, 1981: 59).

### *10.5. Coerción y explotación del trabajo*

La teoría de la explotación busca en el esquema analítico de Marx explicar la forma específica en la cual el trabajo excedente no pagado se distribuye entre quienes no son sus productores directos. A diferencia del ideal planteado por el capitalismo liberal, que ve a todos los intercambios como intercambios de equivalentes y, por lo tanto, donde las mercancías se intercambian todas por lo que valen (ni más ni menos), Marx entendía al capitalismo como un sistema de explotación, es decir, un sistema de intercambio sistemático donde el intercambio de equivalentes permite ocultar lo que en esencia es un “intercambio desigual”.

El capitalista [...] se remite a la ley del intercambio mercantil. Al igual que cualquier otro comprador, procura extraer la mayor utilidad posible del valor de uso de su mercancía [...]. Pero derecho contra derecho, signados ambos de manera uniforme por la ley del intercambio mercantil [...] entre derechos iguales, decide la fuerza (Marx, 1991: 282).

El capitalismo se sostiene sobre la base de un tipo particular de intercambio que considera “igualitario”, el intercambio de fuerza de trabajo, pero en donde el capitalista recibe los resultados de la actividad laboral de los obreros sin realizar pago alguno, pues paga sólo por el valor de la fuerza de trabajo.<sup>14</sup>

Este peculiar tipo de intercambio realmente desigual no implica intercambio alguno, pues es más precisamente una relación de dominación de los obreros por

<sup>14</sup> Esto es lo que Devine (1994) llama la explotación “primaria”. La explotación “secundaria” es la que surge de la redistribución del plusvalor.

parte de los capitalistas. Implica un tipo de sujeción de los trabajadores a aquéllos en el lugar de trabajo. Sin embargo, la explotación en términos de Marx no sólo se basa en la coerción en el nivel micro (en el lugar de trabajo), sino también en el nivel macro (en el conjunto de la sociedad).

La apropiación del plusvalor es la base de la acumulación capitalista, lo cual implica no sólo el incremento permanente y sistemático de la masa de medios de producción, sino también la extensión de las relaciones sociales de explotación capitalistas en escala ampliada: “la relación del capital presupone la escisión entre los trabajadores y la propiedad sobre las condiciones materiales de realización del trabajo. Una vez establecida la producción capitalista, ésta no sólo mantiene esa división sino que la reproduce en escala cada vez mayor” (Marx, 1995b: 893).

La explotación es el resultado de determinadas relaciones sociales y su comprensión requiere resolver el problema de cómo alguien puede capturar el producto excedente de su dueño original, mientras al mismo tiempo éste continúa produciendo ese excedente (de manera que tal relación no implique simplemente un robo).<sup>15</sup>

Para Marx, la explotación no es tanto el resultado de un acto individual sino más bien un “acto de clase”, una relación entre clases (o posiciones dentro de la estructura institucional) (Devine, 1994). Los capitalistas individuales comparten los beneficios macrosociales del sistema de explotación (sin dejar de luchar cada uno por la preservación de sus privilegios individuales).

Como ya se expresó, la existencia de explotación requiere en consecuencia de una doble sujeción de los individuos: por un lado, una sujeción macro que implica no sólo que los trabajadores carecen de control sobre los medios de producción, sino que además requiere que los ingresos generados por la posesión que ellos tienen sobre otros activos sean insuficientes para garantizar la supervivencia por períodos prolongados. En este sentido, la explotación requiere que los trabajadores sean “libres” en el doble sentido ya mencionado, es decir que no sean esclavos y no estén sujetos a la tierra como en el modo de producción feudal.

La sujeción macro hace que los trabajadores, carentes de acceso a los medios de producción pero también a los medios de consumo, deban elegir entre trabajar para el capitalista o permanecer (involuntariamente) desocupados. La existencia de ese “ejército de reserva” establece una forma de coerción estructural que complementa y refuerza la coerción más instrumental utilizada por los empresarios en los lugares de trabajo (disciplinamiento, sanciones, amenazas de despido, etc.). Haciendo referencia a esta contradicción, Joan Robinson decía que si hay algo peor que ser explotado, es no serlo.

En el nivel macro societal, el conjunto de los capitalistas posee la capacidad de controlar las decisiones de inversión, con lo cual a partir de ello controlan el proceso de crecimiento y cambio técnico. Cuando los capitalistas “van a la huelga” logran recuperar la rentabilidad por medio del incremento en el desempleo.

<sup>15</sup> Esto es necesario pues sería poco probable que alguien dedicara algún esfuerzo laboral a la producción de una determinada cantidad de productos si supiera que sistemáticamente alguien se los roba.

A la sujeción de carácter macro se suma una sujeción micro derivada del despotismo en el lugar de trabajo. Esta situación se refiere a la dominación directa que el capitalista ejerce sobre el obrero en el proceso productivo. En el proceso de trabajo el empleador puede imponer severos costos a los trabajadores que no acaten sus deseos. La existencia de desempleo abierto permite a los empleadores hacer que sus amenazas sean creíbles. De otra manera no sería posible tener éxito al forzar a los obreros a trabajar más allá del tiempo que requiera la (re)producción del valor de su fuerza de trabajo.

Pero la sujeción macro no explica la existencia de plusvalor. Es una condición necesaria pero no suficiente, de la misma manera que la sujeción micro es necesaria pero no suficiente. Sin la existencia de desempleo “estructural” (el ejército industrial de reserva) y la separación de los trabajadores de los medios de producción y consumo, la explotación del trabajo sería imposible.

### *10.6. Proceso de trabajo, creación de valor y valorización del capital*

Marx señala que la producción de valores de uso, o bienes no se modifica en su naturaleza general por el hecho de efectuarse para el capitalista y bajo su fiscalización (Marx, 1991: 215). Es decir que el proceso de trabajo puede ser analizado, en principio, más allá de la forma social particular que asuma.

Desde este punto de partida, Marx afirma que el trabajo, en primer lugar, no es más que un proceso entre el hombre y la naturaleza (Marx, 1991). Por otra parte, en general, los elementos simples de cualquier proceso de trabajo serán la actividad orientada a un fin (o sea, el trabajo mismo), su objeto (materias primas) y sus medios (de producción). En el proceso laboral la actividad del hombre, por medio de su trabajo, efectúa una modificación del objeto de trabajo procurada de antemano (Marx, 1991: 219). En síntesis, los factores necesarios para efectuar un proceso laboral son los factores objetivos, o medios de producción, y el factor subjetivo o fuerza de trabajo.

En el capitalismo, sin embargo, los procesos de trabajo son procesos que implican el consumo de fuerza de trabajo por parte del capitalista (como personificación del capital) y muestra dos fenómenos peculiares (Marx, 1991: 224): primero, el obrero trabaja bajo el control del capitalista, a quien pertenece el trabajo de aquél; segundo, el producto es propiedad del capitalista, no del productor directo, del obrero. Desde el punto de vista del capitalista, el proceso de trabajo “es un proceso entre cosas que el capitalista ha comprado, entre cosas que le pertenecen” (Marx, 1991: 225).

Por otra parte, el capitalista no buscará simplemente valores de uso. Marx señala que en la producción de mercancías, el valor de uso no es la cosa “que se ama por sí misma” (Marx, 1991: 226). Se producen valores de uso simplemente porque son, como señalamos, el “sustrato material, portadores de valor [de cambio]” y en la medida en que lo son. Es más, el capitalista no sólo quiere producir un valor de uso, sino un valor, y no sólo un valor, sino además plusvalor (Marx, 1991).

En consecuencia, en tanto las mercancías son la unidad contradictoria de valor de uso y valor, el proceso de su producción será la unidad, igualmente contradictoria, de proceso laboral y proceso de formación de valor (Marx, 1991: 226).

Por su parte, mientras que el proceso de trabajo consiste en “el trabajo efectivo” que produce valores de uso, es decir, se analiza el movimiento desde un punto de vista cualitativo, según su objetivo y contenido, en el proceso de formación de valor, el mismo proceso laboral aparece sólo en su aspecto cuantitativo (Marx, 1991: 237): “las mercancías que ingresan al proceso de trabajo ya no cuentan como factores materiales [...] Cuentan únicamente como cantidades determinadas de trabajo objetivado” (Marx, 1991).

Al transformar dinero en mercancías que sirven como materia formadora de un nuevo valor de uso, al incorporar fuerza viva de trabajo a esos valores, “el capitalista consigue transformar valor, trabajo pretérito, objetivado, *muerto*, en *capital, en valor que se valoriza a sí mismo*” (Marx, 1991: 236). Luego, en relación con los procesos de formación de valor y de valorización, Marx señalará que este último no es más que la prolongación del primero más allá de cierto punto (Marx, 1991).

A modo de síntesis, Marx resume: “la diferencia ... en el análisis de la mercancía, entre trabajo en cuanto creador de valor de uso y el mismo trabajo en cuanto creador de valor, se presenta ahora como diferenciación entre los diversos aspectos del proceso de producción. Como unidad del proceso laboral y del proceso de formación de valor, el proceso de producción es proceso de producción de mercancías; en cuanto unidad del proceso laboral y el proceso de valorización, es proceso de producción capitalista, forma capitalista de la producción de mercancías” (Marx, 1991: 239).

### *10.7. Comando del capital sobre el trabajo*

Marx muestra a lo largo de su obra que el capital domina sobre el trabajo, es decir que el trabajo acumulado, objetivado domina el trabajo vivo. Es este dominio del trabajo muerto, pretérito, materializado sobre el trabajo inmediato lo que convierte al trabajo acumulado en capital (Marx, 1972: 40).

Por un lado, dentro del proceso de producción el capital actúa como “mando sobre el trabajo”, es decir, controla a la fuerza de trabajo puesta en movimiento (Marx, 1991: 376). El capitalista (como personificación del capital) cuida que el obrero ejecute su trabajo como es “debido” y con el grado de intensidad adecuado (a los intereses del capital).

Por otra parte, el capital se convierte en una relación social coactiva que fuerza a la clase obrera a ejecutar más trabajo del que requeriría la satisfacción de sus propias necesidades vitales: “en cuanto productor de laboriosidad ajena, en cuanto succionador de plustrabajo y explotador de fuerza de trabajo, el capital excede en energía, desenfreno y eficacia a todos los sistemas de producción precedentes basados en el trabajo directamente compulsivo” (Marx, 1991).

Desde el punto de vista del proceso laboral, el obrero no se comporta con los medios de producción como capital, sino como simple medio y material de su actividad productiva orientada a un fin (Marx, 1991). Por contraposición, desde el punto de vista del proceso de valorización, los medios de producción se transforman de inmediato en medios para la absorción de trabajo ajeno. Desde esta perspectiva, ya no es el obrero quien emplea los medios de producción, sino los medios de producción los que emplean al obrero (Marx, 1991). Si bien en el desarrollo de la actividad productiva el trabajador consume, desgasta al usar, los medios de trabajo “como vehículo de su trabajo” (Marx, 1981: 17) junto con la materia prima que utiliza para la creación de nuevos productos, en el capitalismo no parece que sea el trabajador quien utiliza los medios de trabajo, sino que serían los medios de producción los que emplean al obrero: “no es el trabajo vivo [el trabajo del obrero] el que se realiza en el trabajo material [...] es el trabajo material [medios de producción] el que se conserva y acrecienta por la succión del trabajo vivo, gracias a lo cual se convierte en un valor que se valoriza, en capital” (Marx, 1981).

## *11. Salario y valor de la fuerza de trabajo*

### *11.1. Carácter social e históricamente determinado del valor de la fuerza de trabajo*

Dado que la fuerza de trabajo aparece en el capitalismo como una mercancía, el costo social o valor de la fuerza de trabajo del obrero se iguala al tiempo socialmente necesario para su (re)producción, equivalente al costo de producción de las mercancías que forman parte de la canasta de consumo del obrero.

El valor de la fuerza de trabajo no es, por lo tanto, lo mismo que lo que se denomina salario real. Mientras el primero representa el costo social de (re)producción de la fuerza de trabajo (el cual se mide en *tiempo* de trabajo socialmente necesario incorporado en los bienes y servicios que forman parte de la canasta de consumo del obrero y su familia), el segundo es la expresión en mercancías de ese costo de (re)producción (es decir, es una suma de cosas útiles o valores de uso).

De acuerdo con Marx, el salario debería permitir comprar, en promedio, la canasta de bienes y servicios de consumo necesarios para garantizar la reproducción de la capacidad de trabajo del obrero. Es decir, el salario nominal pagado al obrero debería permitir que este accediera a un salario real equivalente a su canasta de consumo necesario para asegurar su reproducción (Marx, 1994: 629).

Esa canasta de consumo obrero no tendrá un valor invariable ni su composición será fija. El valor de la fuerza de trabajo será diferente para cada sociedad y época, y aun siendo igual en dos lugares o momentos, su forma puede variar.

Por un lado, Marx entiende que si bien el salario real medio tenderá a ubicarse en torno al mínimo necesario para garantizar la reproducción del obrero y su familia, el valor implícito en ese salario (el valor de la fuerza de trabajo) podrá variar con

los movimientos en la productividad en los sectores productores de mercancías que forman parte de la canasta de consumo obrero. Si se abarata la producción de aquellas mercancías que conforman esa canasta, se estará reduciendo el valor de la fuerza de trabajo, por lo que el salario nominal tenderá a caer, pero sin que necesariamente caiga el salario real de los trabajadores.

Por otra parte, la composición de esa canasta puede variar; en un país determinado puede, por ejemplo, considerarse socialmente necesario poder adquirir un automóvil como medio de transporte, mientras en otro tal vez sea reemplazado por una bicicleta o por algún medio de transporte colectivo. O de manera semejante, en distintas épocas las necesidades de esparcimiento de los trabajadores pueden satisfacerse a partir del consumo de diferentes productos. La lucha de los trabajadores para conseguir mejores condiciones salariales también altera el nivel y composición de la canasta y, por tanto, el nivel del valor de la fuerza de trabajo.

Ésta incluye en su determinación dos elementos adicionales: los “costos de desarrollo” (Marx, 1994: 629), que cambian con el tipo de organización social. Marx entiende que el salario debe ser suficiente para garantizar la reproducción de la familia obrera y esos costos de reproducción son determinados en buena medida por la forma de organización social (y, consecuentemente, por ejemplo, el papel de la familia y el Estado en ella).

Además, las diferencias cualitativas (“diferencias de naturaleza”) en la población obrera serán un determinante esencial del valor de la fuerza de trabajo (Marx, 1994: 629). Siguiendo su razonamiento, Marx deduce que no será igual el valor de la fuerza de trabajo masculina que el de la femenina, ni será igual para los trabajadores maduros que para los jóvenes. Aquí Marx busca reconocer la importancia de las diferencias en las necesidades nutricionales, las asociadas al género y aquellas relacionadas con la capacitación o formación de la fuerza de trabajo.

Marx señala la existencia de trabajo de diferentes calidades cuando habla de “trabajo simple” y “trabajo complejo”. La diferencia estriba en los niveles de instrucción, educación y calificaciones que son necesarios para la realización de las tareas. Como la (re)producción de la fuerza de trabajo más calificada tiene un costo mayor, el nivel de salarios de los trabajadores puede ser diferente según el grado de complejidad. Sin embargo, en su análisis más general, Marx considera que “el trabajo más complejo es igual sólo a trabajo simple potenciado o más bien multiplicado, de suerte que una pequeña cantidad de trabajo complejo equivale a una cantidad mayor de trabajo simple” (Marx, 1991: 54). En consecuencia, los diversos tipos y calidades de trabajo humano pueden reducirse a trabajo simple “a través de un proceso social que se desenvuelve a espaldas de los productores” (Marx, 1991: 55). A partir de esa aclaración, Marx avanza considerando a toda clase de fuerza de trabajo complejo como aquella que puede ser equivalente a una o varias unidades de fuerza de trabajo simple.

El valor de la fuerza de trabajo (y su expresión en un conjunto de valores de uso, esto es, el salario real) tiene entonces un fuerte componente histórico y social. No depende sólo de factores objetivos, sino que tiene elementos fuertemente asociados a

la capacidad del conjunto de las clases que viven de su trabajo para conseguir concesiones por parte de los empresarios. En efecto, Marx asigna a la organización de las clases trabajadoras y a la correlación de fuerzas en cada sociedad un papel importante en la determinación del salario real del obrero y, simultáneamente, del valor de su fuerza de trabajo (Marx, 1971).

### *11.2. Movimientos del salario nominal*

En consecuencia, de acuerdo con la perspectiva de Marx, los movimientos de la oferta y la demanda de fuerza trabajo no pueden explicar el precio del trabajo (salario nominal), sino tan sólo pueden ayudar a comprender sus variaciones por encima o por debajo de cierta magnitud. En el momento en que la cantidad ofrecida y la cantidad demandada coinciden, las variaciones en el salario se detienen (Marx, 1994: 654) en torno a un nivel que ellas mismas no pueden explicar. Como en el caso de otras mercancías, el precio promedio de la fuerza de trabajo (el salario) se encuentra regulado, como ya comentamos, por el costo de su reproducción.

Marx entiende que el movimiento general en los salarios (es decir, el movimiento en el salario nominal medio de la economía) está regulado por la ampliación y reducción de la masa de trabajadores desocupados, y estas variaciones se asocian directamente al movimiento del ciclo económico (Marx, 1995b: 793).

El movimiento de los salarios no puede, de acuerdo con Marx, explicar los movimientos en la población obrera activa como lo señala la teoría de los salarios del “dogma económico” (Marx, 1995b: 793). La interpretación tradicional señala que al incrementarse los salarios, producto de la escasez de mano de obra, aumenta la población activa, lo cual eventualmente recrea el exceso de fuerza de trabajo (podría decirse que existe una suerte de “efecto llamado” que actúa rápidamente). En realidad, dice Marx, cuando se encuentran frente a una escasez generalizada de trabajadores, los capitalistas no esperan a que el sistema amplíe, naturalmente, la masa de trabajadores disponibles, sino que producen innovaciones, introducen maquinaria y transforman el proceso de trabajo buscando ahorrar fuerza de trabajo. De esta manera, nuevamente los trabajadores volverían a ser “supernumerarios” (Marx, 1995b: 794).

El problema de la visión económica tradicional, dice Marx, es que confunde las leyes que regulan los movimientos en el salario medio (o sea, la distribución del ingreso entre los trabajadores y los capitalistas para la economía en su conjunto) con aquellas que distribuyen a la población obrera entre las diferentes esferas o ramas de la producción.

Cuando una rama de la producción atraviesa un período de acelerada expansión, aumentará allí la demanda de fuerza de trabajo y también el salario pagado en esa rama, lo cual atraerá nuevos trabajadores hacia esa esfera, hasta que ésta se vea saturada.

Esta “oscilación local del mercado de trabajo” en una rama particular de la producción no debe confundirse con una modificación en los niveles absolutos de ocupación y salarios en el mercado de trabajo considerado como un todo.

En todo momento, el “ejército de reserva” (es decir, el conjunto de los trabajadores desocupados) ejercerá una presión que mantendrá dentro de ciertos parámetros los niveles de salario. En los períodos de estancamiento y crecimiento lento, la existencia de desocupación mantiene bajo presión al conjunto de los trabajadores ocupados; en los momentos de auge, pone límites estrictos a las exigencias salariales.

### *11.3. Salarios reales y ritmo de acumulación del capital*

En el comportamiento del mercado de trabajo, la dinámica de la acumulación de capital cumple un papel clave. Podría decirse que para Marx, el mercado de trabajo no existe como tal, es decir, como espacio en donde interactúan la oferta y demanda de fuerza de trabajo, ya que los salarios y el empleo no se determinan en un mismo proceso ni dependen de los mismos factores.

Como ya señalamos, la oferta y demanda de fuerza de trabajo tienen un papel limitado en la determinación del salario. Por otra parte, en el análisis del empleo tanto oferta como demanda interactúan de manera compleja.<sup>16</sup>

En el caso en que se incrementa el ritmo de acumulación (es decir, de expansión del volumen de capital) pero se mantiene constante la composición del capital (es decir, en el caso en que se mantiene constante la relación entre capital constante y la fuerza de trabajo utilizada, capital variable), la demanda de fuerza de trabajo crece en proporción al aumento en el capital disponible.

En el corto plazo, es posible que la necesidad de ampliar la escala de acumulación haga que las necesidades de acumulación del capital incrementen la fuerza de trabajo ocupada por encima de su oferta, con lo cual los salarios podrían aumentar.

“Bajo estas condiciones de la acumulación [...] su relación de dependencia [la de los trabajadores] respecto al capital reviste formas tolerables” (Marx, 1995b: 765). La dependencia del trabajo respecto del capital no aumenta en intensidad sino que aumenta en extensión (un mayor número de trabajadores asalariados serán explotados por el capital). Es decir, crece la esfera de dominación y explotación del capital al incrementarse el número de trabajadores bajo su égida.

Sin embargo, claro está, no es abolida la relación de dependencia de los trabajadores respecto del capital. En efecto, “el aumento de los salarios sólo denota, en el mejor de los casos, la merma cuantitativa del trabajo impago que debe ejecutar el obrero” (Marx, 1995b: 768). Pero, al mismo tiempo, Marx enfatiza que de ninguna manera la reducción en el trabajo impago podrá poner en peligro el carácter fundamental del proceso.

<sup>16</sup> Aquí se marcará una diferencia esencial de Marx con otras visiones sobre el mercado de trabajo, pues él enfatiza la interacción entre oferta y demanda de fuerza de trabajo, mientras que otros autores (en particular, los neoclásicos) suponen la independencia entre ambos.

Si el aumento en la tasa de salarios reduce significativamente la ganancia, la acumulación de capital se desacelerará. Pero al caer el ritmo de acumulación, la desproporción entre el capital y la fuerza de trabajo explotable desaparecerá. “El precio del [fuerza de] trabajo desciende de nuevo a un nivel compatible con las necesidades de valorización del capital”<sup>17</sup> (Marx, 1995b: 769). La desaceleración en el ritmo de crecimiento en el capital adelantado reduce la demanda excedente de fuerza de trabajo, lo cual tiende a debilitar el movimiento ascendente de los salarios.

No es la reducción en el crecimiento (absoluto o relativo) de la oferta de fuerza de trabajo lo que torna excesiva la tasa de acumulación de capital, sino a la inversa. Es el incremento demasiado acelerado del capital lo que torna insuficiente la fuerza de trabajo explotable. Tampoco puede decirse que sea el excesivo incremento en la fuerza de trabajo lo que hace insuficiente al capital, sino que es la disminución en la acumulación lo que torna excesiva la oferta y el precio de la fuerza de trabajo. “Son estos movimientos absolutos en la acumulación del capital los que se reflejan como movimientos relativos en la masa de fuerza de trabajo explotable y parecen obedecer [...] al propio movimiento de esta última” (Marx, 1995b: 769). El ritmo de acumulación es la variable independiente, mientras que la oferta de fuerza de trabajo relativa actúa como variable dependiente del proceso.

#### *11.4. Salarios y sindicatos*

Los capitalistas buscarán por diversos medios evitar pagar salarios que cubran todos los costos de producción y reproducción de la fuerza de trabajo. En efecto, el capital intentará reducir lo más posible el precio de la fuerza de trabajo (salario), aun por debajo de su valor. Punzados por la competencia con otros capitalistas y en el marco de una situación de desempleo estructural, los capitalistas individuales tienen fuertes incentivos para reducir el salario hasta donde les sea posible, teniendo en cuenta las necesidades del proceso de trabajo.<sup>18</sup> Sólo la resistencia de los trabajadores podrá evitar tal situación (Lebowitz, 1992).

Es más, Marx señala que los salarios se moverán a lo largo del ciclo económico aumentando durante la etapa expansiva y disminuyendo en la contractiva. Pero este movimiento no será el resultado solamente de las fuerzas “objetivas” del proceso de acumulación: “durante las fases de baja de los precios en el mercado y durante las fases de crisis y estancamiento, el obrero, [...] puede estar seguro de ver rebajado su salario”. Pero sólo la lucha y la organización de los trabajadores podrá poner un piso a la reducción salarial: “para que no lo defrauden, el obrero debe forcejear con el capitalista, incluso en las fases de baja de los precios de mercado, para establecer en qué

<sup>17</sup> Es decir, con las necesidades del capital de obtener una cierta tasa de ganancia.

<sup>18</sup> Salarios demasiado bajos podrían tornar el proceso de trabajo muy inestable debido al grado de disconformidad de los trabajadores. Por otra parte, si los salarios no alcanzan para reproducir a la fuerza de trabajo, el propio proceso de valorización del capital podría verse imposibilitado por falta de trabajadores en cantidad y calidad adecuadas.

medida se hace necesario rebajar los salarios” (Marx, 1971: 120). En la etapa expansiva del ciclo económico, los trabajadores también deberán luchar para conseguir incrementar sus niveles salariales: “durante la fase de prosperidad [...] el obrero que no batallase por conseguir que se suba el salario no percibirá siquiera, sacando la media de todo el ciclo económico, su salario medio o sea el valor de su [fuerza de] trabajo” (Marx, 1971: 120).

Por otra parte, aun en períodos de rápido crecimiento y elevada demanda relativa de fuerza de trabajo, existirá una masa de trabajadores desocupados dispuesta a reemplazar a quienes se encuentran ocupados. En consecuencia, Marx enfatiza la necesidad de organización de los trabajadores para luchar por incrementos en los salarios. Sin embargo, difícilmente logren elevar los salarios por encima de los niveles que garanticen la rentabilidad mínima del capital, ya que entonces el ritmo de acumulación se reducirá y la mecanización (desplazamiento de trabajadores por maquinaria) se acentuará. Ambas tendencias contribuirán a aumentar el tamaño del ejército de reserva, lo cual debilitará la capacidad de los trabajadores de incrementar sus salarios.

La relación dinámica entre acumulación y salarios plantea, de acuerdo con Botwinick (1993), un conjunto de condiciones que limitan la posibilidad de incrementos salariales. Habría que diferenciar aquí entre incrementos salariales generados en los capitales “dominantes” (reguladores) y aquellos que se producen en los capitales “subdominantes” (no reguladores) de una industria.<sup>19</sup>

En el primer caso, hay al menos tres limitantes (Botwinick, 1993: 178). En primer lugar, hay una limitación de beneficios de corto plazo que se encuentra determinada por los márgenes de ganancias de los capitales reguladores que sufren el incremento en los salarios; este límite se deriva de la competencia de capitales entre industrias. En segundo lugar, una limitación más estrecha tiene que ver con los costos unitarios de los capitales “subdominantes” de la industria. Esta limitación se relaciona con el carácter de la competencia dentro de la industria. Y en tercer lugar, aquellos límites relacionados con los “costos de bloqueo” que los trabajadores pueden imponer colectivamente sobre las firmas que resisten las demandas de incrementos salariales.

En el caso de los capitales no reguladores también existen límites, aún más severos, a los incrementos salariales que pueden absorber (Botwinick, 1993: 224). Aun cuando el incremento salarial se haya producido a lo ancho de la industria, en el corto plazo (cuando todavía no se produjo el cambio en los precios relativos de las

<sup>19</sup> Los capitales reguladores son aquellos que poseen las técnicas reproducibles más avanzadas de la industria. Por tal motivo, estos capitales son los que definen el valor de las mercancías de esa industria. Los capitales no reguladores poseen técnicas menos eficientes y, por lo tanto, tienen tasas de rentabilidad inferiores a las de los capitales reguladores. Por no disponer de las técnicas reproducibles más avanzadas, los capitales no reguladores no tienen la capacidad de definir el precio de las mercancías que producen. Véase Shaikh (1991) y Carchedi (1991).

mercancías resultante de los mayores costos salariales en los capitales reguladores), estos capitales se encuentran en desventaja por tres factores: costos unitarios mayores, mayores requerimientos de fuerza de trabajo y menores márgenes de ganancia. En el largo plazo, también se verán afectados por su imposibilidad para regular el precio de las mercancías en su industria.

## *12. El desempleo, o las diversas formas de existencia de sobrepoblación relativa*

Como señalamos con anterioridad, en el pensamiento de Marx, el desempleo cumple un papel fundamental como mecanismo de coerción societal para garantizar la explotación del trabajo por el capital. El desempleo es, en consecuencia, un fenómeno generalizado y persistente en las economías capitalistas. “Esta sobrepoblación se convierte, a su vez, en palanca de la acumulación capitalista, e incluso en *condición de existencia del modo capitalista de producción*. Consituye un *ejército industrial de reserva a disposición del capital*” (Marx, 1995: 786, cursivas en el original).

El concepto relevante para el análisis de la dinámica del mercado de trabajo es un concepto amplio de desempleo, no el concepto más restringido típicamente utilizado por los institutos de estadísticas estatales. “Todo obrero la integra [a la masa de sobrepoblación relativa] durante el período en que está semiocupado o desocupado por completo” (Marx, 1995: 797). Es decir que para Marx el concepto relevante de empleo incluye de alguna manera algo más que la masa de desocupados abiertos.

### *12.1. Formas de expresión del desempleo*

En todo momento, más allá de la situación de la coyuntura económica, la sobrepoblación relativa se presenta en tres formas diferentes: *fluctuante*, *latente* y *estancada*.

En términos generales, si bien el número de trabajadores ocupados en la producción capitalista se incrementará, lo hará en proporción decreciente a la escala de producción. Las nuevas técnicas de producción requieren reemplazar una determinada cantidad de trabajadores por otros cada vez menores, es decir, son crecientemente intensivas en la utilización de maquinarias e insumos. En particular, frente a estos cambios los capitalistas aprovechan la situación y optarán por reemplazar la fuerza de trabajo de varios trabajadores adultos por la fuerza de trabajo de un solo trabajador joven. Esta masa de trabajadores continuamente desplazados determina la sobrepoblación relativa bajo la forma *fluctuante*.

“Debido al rápido consumo de fuerza de trabajo por el capital,... el obrero de edad mediana es ya un hombre desgastado y caduco. Pasa a integrar las filas de la sobrepoblación, o bien desciende de categoría, mientras el capital lo reemplazó por fuerza de trabajo nueva” (Marx, 1995b: 799). Marx entendía que un obrero de mayor edad “ya estaba gastado” debido al desgaste de energía, al impacto de las

condiciones y medio ambiente de trabajo sobre su salud y, dado su menor nivel de escolaridad formal, tendría más dificultades para adaptarse a las nuevas tecnologías de producción que un trabajador nuevo. Por otra parte, sabía que la aplicación de nuevas técnicas permitía a los empresarios reemplazar a los trabajadores con mayor cultura de organización sindical, aquellos con mayor antigüedad en el piso de la fábrica.

Además, hay un constante flujo de sobrepoblación relativa que proviene de las esferas no capitalistas de la producción. Marx hace referencia a la producción en el sector agrícola tradicional, en el cual, a partir de la introducción de las formas de producción capitalistas se expulsa fuerza de trabajo, que fluye hacia las ciudades y las manufacturas. Este flujo “presupone la existencia, en el propio campo, de una sobrepoblación relativa constantemente *latente*” (Marx, 1995b: 801).

Esta sobrepoblación *latente* también podría incluir a la fuerza de trabajo disponible en el interior de los hogares en las ciudades, en particular las mujeres y los niños. Esta fuerza de trabajo no se encuentra directamente utilizada desde el punto de vista del capital, si bien cumple funciones esenciales en la reproducción de la fuerza de trabajo en su conjunto. En la medida en que el capital se incorpora en nuevas actividades, como una manera de mercantilizar actividades antes desarrolladas en la esfera doméstica por los miembros del hogar, nuevos brazos se encuentran disponibles para incorporarse a la fuerza de trabajo activa.

Por último, la sobrepoblación *estancada* es parte de la población ocupada, pero se encuentra empleada de manera altamente irregular. Las condiciones de vida de estos trabajadores tienden a encontrarse por debajo del nivel promedio para la clase obrera, y por ello es precisamente que el capital encuentra aquí una fuente importante de fuerza de trabajo disponible para ciertas ramas de explotación del capital. Esta categoría se asocia a la categoría contemporánea de trabajadores subocupados y/o ocupados como cuentapropistas o en la informalidad. Señala Marx que esta porción de la clase obrera se nutre permanentemente de los trabajadores desplazados de las otras esferas dominadas por el capital. En particular, estos trabajadores provienen de aquellos espacios de producción artesanal invadidos por el capital.

Por debajo y por fuera de estas categorías de población excedentaria, “el sedimento más bajo de la sobrepoblación relativa” (Marx, 1995b: 802) se expresa en la esfera del pauperismo. Éste constituye, según Marx, “el peso muerto del ejército industrial de reserva”. Es decir, el pauperismo es el costo no deseado e inútil del proceso de producción capitalista. Figura como uno de sus “gastos varios”, que el capital constantemente busca trasladar a las clases trabajadoras.

Marx señala aquí tres categorías distinguibles: en primer lugar, la constituida por personas aptas para el trabajo, cuya masa se incrementa con cada crisis y reduce en cada recuperación; en segundo lugar, los huérfanos e hijos de indigentes; en tercer lugar, las personas degradadas, encanallecidas, y otras incapacitadas para trabajar. Entre estos últimos, Marx pone especial atención en aquellos trabajadores que sucumben por falta de movilidad frente a la creciente división del trabajo, aquellos

que viven más allá de la edad normal de un trabajador y aquellos que han sufrido accidentes de trabajo.

La Revolución Industrial produjo un fuerte deterioro de las condiciones y medio ambiente de trabajo y en su primera etapa generó un elevado desempleo, creando las condiciones para el surgimiento del movimiento obrero. Quienes no tenían trabajo y erraban de ciudad en ciudad para encontrarlo fueron considerados vagabundos y, en tal condición, fueron declarados “inútiles al mundo”. Castel recuerda que hacia fines del siglo XVIII, luego de la Revolución Francesa, ya se había generalizado la existencia de desocupados que devenían vagabundos y mendigos; pero además se había incrementado la cantidad de personas que no tenían un estatuto derivado de la pertenencia a una corporación de oficio. Es con relación a ellos que luego de la Revolución Francesa, el padre Séyès —quien tuvo un papel importante en la redacción de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano— se expresó de la manera siguiente: son “instrumentos bípedos, sin libertad, ni moral, que tan sólo poseen unas manos poco gananciosas y un alma absorbida; ¿a esto llaman ustedes hombres?” (Castel, 1995).

Los trabajadores vieron posteriormente reconocidos su valor y dignidad sociales gracias a las normas e instituciones creadas por el derecho del trabajo. En contrapartida del trabajo realizado, se estableció el salario directo que tiene en cuenta las condiciones del mercado. De manera no relacionada directamente con el trabajo realizado, sino con la situación familiar, se instauró posteriormente un salario indirecto destinado a cubrir diversos aspectos de la reproducción de la fuerza de trabajo, lo que dio nacimiento a los sistemas de seguridad social (Castel, 1995).

Es así como por décadas, durante el siglo XX, el capital debió, directa o indirectamente, cargar con una parte importante de esos costos (fundamentalmente por el funcionamiento del sistema de seguro social). En las últimas décadas, sin embargo, han sido los trabajadores quienes progresivamente debieron cargar con dichos costos (por ejemplo, mediante la implementación de regímenes de capitalización individual para la jubilación o sufragando individualmente el costo del seguro contra los riesgos del trabajo).

La situación del trabajo asalariado tal como Marx la había estudiado en el siglo XIX podía cambiar en el futuro, en el caso de que entrara en una crisis terminal el modo de producción capitalista y comenzara la transición a la sociedad comunista. Su visión prospectiva se expresa de la manera siguiente:

Pero un día, cuando todas las fuerzas productivas estarán suficientemente desarrolladas y las contradicciones volverán a ser muy fuertes, estarán reunidas las condiciones para que el trabajo se haga adecuado a su esencia. Habría como dos momentos:

1. Producir para lograr la abundancia y la satisfacción de las necesidades, utilizando las máquinas, incrementando la productividad. El desarrollo de las fuerzas productivas permitirá superar la situación del trabajo humano como factor de producción y del tiempo de trabajo como medida de la riqueza. A medida que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza verdadera depende menos del tiempo y de la cantidad de trabajo

empleados que de la acción de los factores puestos en movimiento en el curso del trabajo. Ella depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso tecnológico, de la aplicación de esta ciencia a esta producción.

2. Cuando exista la abundancia y se hayan satisfecho las necesidades, el trabajo pasará a ser expresión de sí mismo (Marx, 1980).

### *12.2. Expansión de la población excedente frente al aumento de la riqueza social*

La acumulación del capital, y en particular su expansión a nuevas esferas de la producción, expande la magnitud absoluta de la población de trabajadores disponibles (u oferta de fuerza de trabajo). Esto se debe fundamentalmente a la destrucción de pequeñas producciones de organización no capitalista en el campo y de la producción artesanal o de tipo cuentapropista o informal en las ciudades.

A esto se suma el efecto del creciente progreso técnico, la mayor división técnica del trabajo y la consecuente expansión de la fuerza productiva del trabajo obrero, que tienden a reducir la demanda relativa de fuerza de trabajo. Por esa causa, dice Marx, a medida que se incrementa la riqueza social, aumenta la sobreproducción relativa<sup>20</sup> o ejército industrial de reserva (Marx, 1995b[1873]: 803). La masa de trabajadores disponibles para la explotación por parte del capital siempre se ajustará a las necesidades de su valorización. El propio proceso de acumulación y producción se encargará de adecuar constantemente la cantidad de trabajadores disponibles a las requeridas. La existencia persistente de sobreproducción relativa es la expresión más clara de tal mecanismo de adaptación.

### *12.3. Del proceso de pauperización relativa*

El incremento en la fuerza productiva [productividad] del trabajo reduce la demanda relativa de fuerza de trabajo. De tal manera, “tanto más precaria [será] la condición de existencia del asalariado” (Marx, 1995b: 804). Frente a una creciente masa de potenciales competidores, los trabajadores ocupados no pueden sino aceptar la precarización de sus condiciones de trabajo y, por consiguiente, acentuar las condiciones para su explotación.

El ritmo de crecimiento de la productividad del trabajo por encima del ritmo de crecimiento de la población ocupada implica un crecimiento en la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo (el salario) y la masa de valores de uso (productos) producidos por ella. La mayor productividad del trabajo incrementará el valor real de la producción sin que se dé (necesariamente) un incremento simétrico en el nivel de salarios. De esta forma, se observa una reducción tendencial en la participación del salario en el ingreso en el interior de la esfera capitalista de producción.

<sup>20</sup> Marx suele hacer referencia también a la “pluspoblación” o “sobreproducción” relativa.

Señala Marx que “a medida que se acumula el capital, empeora la situación del obrero, sea cual fuere su remuneración” (Marx, 1995b: 805). Es decir, la acumulación del capital genera una creciente desigualdad entre el salario obrero y la riqueza acumulada en las manos del capitalista. Más allá de cual sea la evolución del salario real, la desigualdad entre la clase trabajadora y la no trabajadora se incrementaría tendencialmente.

### *13. Las dos leyes de la tasa de ganancia y su articulación*

El capitalismo funciona sobre la base de la producción generalizada de mercancías. Los capitalistas producen mercancías para vender en el mercado y, al hacerlo, ganar lo más posible por encima de sus costos de producción; por lo tanto, los empresarios de una misma rama de actividad, compiten permanentemente entre sí. Para mantener o incrementar la tasa de ganancia (la relación entre el plusvalor que se apropian y el capital invertido), cada capitalista procura aumentar el plusvalor por todos los medios posibles, por lo que deben desarrollar la fuerza productiva del trabajo, incorporar nuevos medios de producción y recurrir a nuevas tecnologías más eficaces que las precedentes. La inversión en capital constante (maquinarias e insumos) para reemplazar al trabajo directo de los asalariados (capital variable) posibilita el incremento de la productividad del trabajo. Este proceso implica el incremento de lo que se conoce como la composición orgánica del capital (la relación entre capital constante y capital variable).

Pero al mismo tiempo, esta dinámica de aumento en la composición orgánica del capital tiende a reducir la tasa de ganancia. Esto es así porque el desplazamiento de trabajo vivo por trabajo muerto (de capital variable por capital constante), si bien incrementa la productividad del trabajo tiende a hacer desaparecer la fuente del plusvalor (es decir, el trabajo impago), dada la sustitución de los trabajadores por nuevos medios de producción.

La ley de disminución proporcional del capital variable y la disminución correspondiente en la demanda de trabajo relativa tienen, pues, por corolario el incremento absoluto del capital constante y el aumento absoluto de la demanda de trabajo según una proporción decreciente y finalmente, como complemento, la producción de una superpoblación relativa (De Bernis, 1987).

Según De Bernis, lo novedoso de los trabajos de Marx no es postular la caída tendencial de la tasa de ganancias (en eso ya habrían estado de acuerdo Smith y Ricardo, y no lo contradijeron posteriormente Marshall, Walras ni Keynes) ni la tendencia a la igualación de las tasas de ganancia entre industrias. Lo que sí es nuevo fue su afirmación de que esas leyes tendenciales no funcionan como simples “mecanismos” y, menos aún, como mecanismos automáticos: se trata de un conjunto permanente de movimientos, de tendencias y contratendencias, que expresan tanto la estructura y

las luchas de clases en el capitalismo como la estructura interna de la clase de los capitalistas, y las relaciones de fuerzas, luchas o conflictos entre sus diversas fracciones (De Bernis, 1987).

Esas tendencias y contratendencias de la tasa de ganancia son dos aspectos de lo que Marx denomina el “principio único del capital”, es decir: 1º) la búsqueda de la maximización de la tasa de ganancias en la escala del conjunto del capital social, y 2º) las contradicciones del proceso de acumulación desde el punto de vista de cada una de las fracciones del capital al desplazarse de sector en sector, de industria en industria, para buscar alcanzar las tasas de ganancias más elevadas, en un proceso que conduciría a su igualación.

### *13.1. Maximización de la tasa de ganancia*

Una tasa de ganancia considerada suficiente por parte de los capitalistas no se obtiene automáticamente, sino que es el resultado de múltiples luchas y estrategias. En el centro de éstas, opera la lucha de clases, es decir, las prácticas de la explotación y las resistencias de los trabajadores a la disminución de los salarios reales y al crecimiento de la intensidad del trabajo, y, por otra parte, las exigencias de los capitalistas por lograr la intervención del Estado con el propósito de defender el derecho de propiedad, otorgar subsidios directos e indirectos a las empresas, acceder a créditos fáciles y con bajas tasas de interés, y limitar las luchas de los trabajadores reglamentando el derecho de huelga u organizando la represión antisindical.

En el caso de que los trabajadores fueran lo suficientemente poderosos como para impedir a los capitalistas que compensaran la baja de las tasas de ganancia vía aumento de la tasa de explotación, estos últimos estarían obligados a recurrir a otros medios.<sup>21</sup>

Pero las prácticas capitalistas que han acompañado y calificado el proceso de acumulación y están orientadas a obtener un aumento de la tasa de ganancias se caracterizan porque tienen un período de vida limitado. El agotamiento de esas prácticas está operando continuamente y, por lo tanto, a corto o mediano plazo, van a acarrear inevitablemente una caída en la tasa de ganancia. Pero no se debe confundir tal agotamiento de su capacidad con ciertas prácticas patronales, que, al no poder restablecer de inmediato las tasas de ganancia, sólo desplazan hacia el futuro las consecuencias de la crisis.

Para hacer frente a este deterioro, los capitalistas pueden intentar reducir el costo del capital en sus dos utilidades: capital constante y capital variable.

Las estrategias patronales tendientes a reducir o a limitar el costo de la fuerza de

<sup>21</sup> Por ejemplo, el comercio exterior para conquistar nuevos espacios o competir con empresas extranjeras; la baja de los precios de las materias primas y de los bienes de capital; la concentración y centralización del capital; y la utilización en su provecho del presupuesto del Estado (obteniendo créditos preferenciales y subsidios directos a las empresas) o del sector de empresas públicas (reducción de tarifas de los servicios).

trabajo –capital variable– pueden agruparse básicamente en tres:

1. en acciones sobre las formas de utilización de la fuerza de trabajo (mediante la intensificación del trabajo para obtener más plusvalor absoluto y el crecimiento de la producción gracias a la incorporación de innovaciones tecnológicas y organizacionales, desvalorizando la fuerza de trabajo e incrementando el plusvalor relativo),
2. en acciones para bajar los costos laborales (limitando los incrementos en los salarios reales, promoviendo la división y el debilitamiento de la fuerza reivindicativa de los trabajadores sindicalizados mediante cambios en la legislación laboral, y la creación de una sobrepoblación relativa de fuerza de trabajo promoviendo las migraciones de trabajadores rurales y el ingreso de mano de obra inmigrante, y estableciendo una discriminación salarial hacia ella)
3. y en cambios en las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo (transfiriendo al Estado, a la sociedad en su conjunto o a los propios interesados el costo total o parcial de la seguridad social, la atención primaria de la salud, la previsión social, el sistema educativo y de formación profesional y los planes de vivienda de los asalariados).

Otras acciones de los dueños del capital y de los empresarios procurarán reducir o limitar el costo del capital constante (acelerando su amortización) y para ello:

1. aceleran su ritmo de rotación, organizando el trabajo por equipos o por turnos;
2. incrementan la duración del tiempo total de trabajo, o su intensificación, recurriendo a la flexibilización laboral;
3. reducen costos financieros, mantienen deficientes condiciones y medio ambiente de trabajo y descuidan la prevención de los riesgos ocupacionales;
4. buscan la concentración vertical de la producción o la tercerización y la subcontratación para reducir los costos de transacción;
5. obtienen transferencias hacia la industria de ciertos recursos administrados por el Estado;
6. presionan para obtener precios bajos de las materias primas; y
7. utilizan de manera intensiva e irracionalmente los recursos naturales sin evitar el deterioro ecológico.

### *13.2. Competencia entre capitales*

Los capitalistas tienen necesidad de mover el capital de industria a industria, de rama a rama, en busca de las mejores oportunidades para lograr mayores tasas de ganancias. Este movimiento tiende a igualar las tasas de ganancia de los capitales reguladores (aquellos que acceden generalmente a la mejor técnica disponible) entre los diversos sectores de actividad.

El flujo de capital tenderá a ser relativamente mayor en las industrias con tasas medias de ganancia por encima de la de los capitales reguladores y relativamente más pequeño en industrias con tasas medias menores (Shaikh, 1991: 86). El flujo dife-

rencial provocará que la oferta crezca más rápido en las primeras industrias y más lentamente que la demanda en las segundas, reduciendo los precios de mercado y las tasas de ganancia media en el primer caso y viceversa. De esta manera, las tasas medias de ganancia de los capitales reguladores en diferentes industrias serán tendencialmente iguales (Shaikh, 1991).

En el momento en que las tasas de ganancia entre industrias tienden a acercarse, la lógica del mercado hace que la evolución técnica introducida en una rama “cambie los datos del problema” para lograr aumentar sus ventajas. A su vez, los capitalistas de las industrias en desventaja con respecto a las otras, procurarán en un primer momento hacer repercutir sobre sus trabajadores las consecuencias de esta debilidad, y recomponer así su tasa de ganancias, sin efectuar mayores inversiones.

La competencia entre los capitales, es decir, el desplazamiento de los capitales desde una rama de industria a otra en busca de una mayor tasa de ganancia, constituye un instrumento de regulación del sistema, absolutamente indispensable para su funcionamiento. Esa competencia entre los capitales procura asegurar la correspondencia entre las estructuras de la producción y las de la demanda social.

En el capitalismo, dice De Bernis, se observa la articulación que se crea entre la innovación tecnológica y la lucha de clases. En efecto, con frecuencia, la adopción de nuevas tecnologías tiene como objetivo eludir la resistencia obrera, o distribuir beneficios para integrar la clase obrera a la cultura de la empresa y reducir su conflictividad. En el capitalismo, las innovaciones tecnológicas se convierten así en un arma del capital (De Bernis, 1987).

La acción combinada de estas las leyes de la tasa de ganancia (o “principio único del capital”) en cada momento histórico determinan su movimiento, la evolución técnica y el proceso de acumulación, no exento de crisis.

### *13.3. El papel del cambio técnico en la determinación del salario y el empleo*

En la fase contractiva del ciclo, el salario no descenderá necesariamente al nivel mínimo posible ni tampoco al nivel anterior. El ciclo de aceleración y desaceleración de la tasa de acumulación permitirá remover las limitaciones que impidieron en primera instancia la continuación de la fase expansiva.

Señala Marx: “el propio mecanismo del proceso capitalista de producción remueve los obstáculos que genera transitoriamente” (Marx, 1995b: 769). El incremento en los salarios reales inducirá cambios en la organización de la empresa (podrían incluir innovaciones técnicas) que permitirán sostener niveles salariales más elevados que los existentes antes del inicio del ciclo ascendente, aun sin la necesidad de una reducción en el número de trabajadores ocupados. Este proceso permitiría que el salario real se incremente luego de cada ciclo.

Esto se debe a que la acumulación del capital se lleva a cabo por medio de un

continuo cambio cualitativo de su composición. Este cambio implica el permanente incremento del capital constante (maquinarias e insumos) a expensas de la parte variable del capital (masa salarial).<sup>22</sup> Las empresas capitalistas, frente a la necesidad imperiosa de competir, se ven forzadas a introducir nuevas tecnologías que permitan incrementar la fuerza productiva del trabajo y reducir el valor (precio) de las mercancías. Estas tecnologías tenderían a ser, de acuerdo con Marx, crecientemente intensivas en capital constante, de manera que la acumulación de capital desplaza progresivamente fuerza de trabajo.

A nivel agregado, este proceso se expresa en el incremento en la fuerza productiva del trabajo en aquellas industrias que producen bienes de consumo de los asalariados. Al reducir el valor de la fuerza de trabajo, esto permite mantener el nivel de salarios reales con salarios nominales menores y, consecuentemente, mayor beneficio para el capital (Botwinick, 1993: 78). Este proceso se sustenta en la ampliación del “plusvalor relativo”.

Para las industrias individuales, el proceso de reemplazo de fuerza de trabajo por maquinarias (proceso de mecanización) tiende generalmente a reducir los niveles medios de las calificaciones requeridas en la mayor parte de los puestos de trabajo (Braverman, 1974).<sup>23</sup> Esto reduce en consecuencia el valor de la fuerza de trabajo (ya que disminuye el tiempo necesario de capacitación), lo que permite la reducción en los salarios reales. A la vez, disminuye la capacidad y el poder de los trabajadores para controlar la organización e intensidad del proceso de trabajo, lo que debilita sus posibilidades de incrementar el salario. En la medida en que se incrementa la intensidad del trabajo y se reduce la calificación necesaria para la tarea, se incrementa la presión competitiva que ejerce el “ejército industrial de reserva” sobre los trabajadores ocupados.

Por otro lado, siguiendo el razonamiento de Marx, la ampliación absoluta del capital es acompañada por un proceso de concentración de los capitales individuales y el cambio tecnológico continuo del nuevo capital (pluscapital), lo cual produce un decrecimiento en la demanda relativa de trabajo a medida que se incrementa el capital global. A su vez, se reducen los períodos en los que la acumulación de capital implica un mero ensanchamiento de la producción sobre la misma base técnica (relación entre el *stock* de capital y fuerza de trabajo). Es decir, la tecnología cambia cada vez con mayor rapidez, por lo que la acumulación no implica sólo más capital constante sino un mayor desplazamiento de fuerza de trabajo.

Durante la época del maquinismo y la fábrica, señala Marx, las huelgas dieron

<sup>22</sup> Este proceso se conoce como incremento en la composición orgánica del capital (incremento de la relación entre el capital constante y el capital variable).

<sup>23</sup> Sin embargo, Braverman ignora varios elementos que contrarrestan esta tendencia (Carchedi, 1991). Por un lado, este análisis ignora el papel que juega la resistencia de los trabajadores en la determinación del proceso de trabajo. Por otra parte, esta perspectiva ignora que el capital diseña una gran variedad de formas de control del proceso de trabajo y que la descalificación no es la única ni la principal (por ejemplo, la “autonomía responsable” o la identificación de los trabajadores con los objetivos de la empresa).

lugar a la invención y aplicación de nuevas máquinas, arma empleada por los capitalistas para sofocar la rebelión del trabajador especializado. La máquina comienza a actuar así no sólo como un competidor que obtiene lo mejor del trabajador, sino permanentemente a punto de colocarlo en situación de superfluo (Elster, 1997). Más recientemente, para frenar la capacidad reivindicativa de los sindicatos se introdujeron con cierto éxito innovaciones organizacionales y nuevas formas de gestión de la fuerza de trabajo (Coriat, 1990).

El aumento de la relación entre el *stock* de capital y la fuerza de trabajo requerida tiene su reflejo en un incremento absoluto de la oferta de fuerza de trabajo que se manifiesta con un ritmo más rápido que el crecimiento absoluto de su demanda o de los medios que permiten ocuparla.

El proceso de acumulación produce de manera constante una población obrera relativamente excesiva para las necesidades de rentabilidad (valorización) del capital (Marx, 1995b: 784). Es decir, Marx entendía que la dinámica del capitalismo permitiría siempre recrear la necesaria sobrepoblación de fuerza de trabajo, de manera de contener las demandas salariales y sostener la rentabilidad del capital. “Es ésta una ley de población que es peculiar al modo de producción capitalista” (Marx, 1995b: 786).

#### *14. El proceso de innovación en el capitalismo*

Según Rosenberg, para Marx la ciencia no funciona en la sociedad como una variable independiente (Rosenberg, 1995). No es una esfera de actividad autónoma y son las necesidades cambiantes de los seres humanos, a medida que se articulan en la esfera de la producción, las que determinan la dirección del progreso científico. “El género humano”, decía Marx, “se ocupa solamente de los problemas que puede solucionar, ya que observando el asunto con más detalle, siempre encontraremos que el propio problema surge solamente cuando las condiciones materiales necesarias para su solución ya existen o al menos están en el proceso de su formulación” (Marx, 1971).

Para Marx, la tecnología es un proceso social, determinado por las relaciones sociales de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas, conjunto de variables que regulan la distribución del valor generado y el proceso de acumulación del capital (Boules y Lorenzi, 1995).

En la evolución de las sociedades la tecnología juega un papel central y determinante, pues

a partir de un cierto momento el antiguo modo de producción, feudal o el de las corporaciones, ya no lograba más satisfacer las necesidades cuando éstas aumentaban al mismo tiempo que los nuevos mercados. Los mercados no cesaron de expandirse y las necesidades continuaron creciendo. Siguiendo un proceso similar, la manufactura terminó también siendo insuficiente. Entonces la fuerza del vapor y las máquinas vinieron a revolucionar la producción industrial y la manufactura tuvo que ceder su lugar a la gran industria mo-

derna (Marx, 1971).

Durante la Revolución Industrial, prosigue Marx,

la máquina inventada a partir de la experiencia y del saber productivo acumulado por los trabajadores terminó reemplazándolos, así como a sus herramientas. La fuerza de trabajo de los seres humanos va a ser desplazada como fuerza motriz por el motor. Y finalmente la gran industria fue entonces obligada a utilizar su medio característico de producción, la máquina en sí misma, para producir otras máquinas (Marx, 1971).

Surgió luego otra contradicción, pues, cuando el trabajo comenzó a utilizar las máquinas, los empresarios empezaron a reclutar a mujeres y a niños, cuya fuerza de trabajo se volvió utilizable porque se requería menos fuerza física y experiencia previa; pero al mismo tiempo forzaron la prolongación de la jornada y la intensificación del trabajo. La máquina comienza entonces a competir con el hombre que la había inventado, pues el progreso industrial que sigue la marcha indicada por el proceso de acumulación no solamente reduce cada vez más el número de obreros necesarios para poner en obra una masa creciente de medios de producción, sino que aumenta al mismo tiempo la cantidad de trabajo que cada obrero individual debe proporcionar. Entonces, junto con el crecimiento de la composición técnica del capital, se produce una sustitución de trabajo por capital, una disminución del tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado a los productos y tiende a bajar la tasa de ganancia (Rosenberg, 1995).

Además, el autor citado señala que el requerimiento cambiante de la industria y la percepción variante de las necesidades económicas es lo que según Marx constituye el estímulo para la prosecución de las formas específicas del conocimiento científico. Es decir que pone de relieve la fuerza de la demanda, la *demand pull*, como se analiza en otros trabajos (Neffa, 2000). Es sólo recientemente que la ciencia va a jugar un papel crítico para permitir el aumento de la productividad. Se tuvieron que dar ciertas condiciones: la unión de la ciencia con la industria, que ocurrió después de varios siglos de instaurado el capitalismo. La ciencia dependía de la industria para su apoyo financiero, al mismo tiempo que la expectativa de obtener grandes utilidades financieras fue lo que motivó a los empresarios a proseguir un problema científico particular. Así, la historia de las ciencias individuales puede adecuarse a una comprensión de las necesidades cambiantes de la sociedad.

A la artesanía y a la manufactura de la producción les faltaba la base tecnológica que les hubiera permitido la aplicación del conocimiento científico a la solución de los problemas de la producción industrial. Esa base tecnológica esencial emergió solamente con la industria moderna. En la manufactura, las relaciones capitalistas fueron introducidas de manera poco visible, por la expansión del número de trabajadores asalariados, empleados por un mismo individuo propietario del capital. Los artesanos se convirtieron así progresivamente en asalariados. Las relaciones sociales habían cambiado de manera drástica, pero todavía se empleaba la misma tecnología que en

el medioevo. Un cambio importante que se introdujo con respecto al trabajo del artesano medieval fue la división técnica del trabajo. Los obreros se iban especializando y eso permitió el incremento de la productividad de la mano de obra; pero al mismo tiempo perpetuó la dependencia del sistema industrial con respecto a las habilidades y capacidades humanas, las obligaciones impuestas por la fuerza física, la velocidad, la precisión y las limitaciones propias de los seres humanos. El límite consistía en las debilidades humanas y, para reducir esos límites, el capitalista presionaba al obrero (Rosenberg, 1995).

La propia máquina es un mecanismo que después de haber sido puesto en movimiento realiza con sus herramientas las mismas operaciones anteriormente a cargo del obrero con herramientas semejantes. El problema de cómo ejecutar los detalles del proceso y unirlos en un todo se soluciona con la ayuda de las máquinas, de los conocimientos de la física y la química, etcétera. Pero el número de implementos que puede utilizar simultáneamente la máquina es superior a lo que puede hacer el obrero. Los procesos productivos realizados con una máquina pueden perfeccionarse de manera continua e indefinida, lo cual no es posible en los procesos manuales. El uso de las máquinas en las fábricas hace posible instaurar un proceso continuo de perfeccionamiento de la productividad, dado que la industria moderna nunca mira ni trata la forma existente de un proceso productivo como si fuera la final. La base técnica de la industria manufacturera es, por lo tanto, revolucionaria, mientras que todas las formas de producción anteriores eran esencialmente conservadoras (Rosenberg, 1995).

Marx se preguntaba por qué causas el capitalismo es el sistema productivo más eficaz con respecto a todas las formas anteriores de la organización económica. Y se respondía: porque es el sistema que ha provocado un aumento sin precedentes de la productividad humana y un creciente dominio del hombre sobre la naturaleza. La propia esencia del gobierno burgués es el dinamismo tecnológico. El capitalismo genera incentivos únicos para la introducción de tecnologías nuevas que reducen los costos. El actor protagónico del capitalismo, la burguesía, ha creado así en pocos siglos más fuerzas productivas y más sólidas que todas las generaciones anteriores juntas. Pero para ellos debían reunirse ciertas condiciones: en sus orígenes, la vitalidad tecnológica del capitalismo estaba vinculada con el estado del conocimiento científico y con la capacidad de la industria para explotar tal conocimiento. La ciencia se convirtió así en un factor fundamental del incremento de la productividad y la capacidad del hombre para manipular su medio ambiente natural y lograr sus objetivos.

Las disciplinas científicas específicas se desarrollan en respuesta a problemas que surgen en la esfera de la producción. Pero su concepción materialista de la historia le impedía a Marx afirmar que pudiera existir una búsqueda intelectual del hombre independientemente de las preocupaciones materiales. Entonces las ideas y el pensamiento humano se relacionan directamente con sus preocupaciones materiales. Marx se preguntaba dónde estaría la ciencia natural sin la industria y el comercio,

recordando que “la astronomía egipcia se desarrolló tanto debido a la necesidad obligatoria que existía de predecir la crecida y el descenso del Nilo” (Marx, 1991). Engels, por su parte, reforzó ese razonamiento afirmando que desde el mismísimo principio, el origen y el desarrollo de las ciencias ha sido determinados por la producción.

Decía Marx que “la técnica depende en gran parte del estado de la ciencia, pero la ciencia depende en mucha mayor parte aún del estado y requerimientos de la técnica. Si la sociedad tiene un requerimiento técnico, eso ayuda a la ciencia a avanzar más de lo que lo hacen diez universidades”, recordando que “toda la hidrostática se originó por la necesidad de regular los arroyos de las montañas en la Italia de los siglos XVI y XVII” y que “no hemos conocido realmente la electricidad hasta que se descubrió su aplicabilidad técnica” (Marx, citado por Rosenberg, 2003).

En conclusión, para Marx la ciencia suministra aquello que exige la industria, y por lo tanto, la dirección cambiante del avance de la ciencia requiere ser comprendida en términos de los requerimientos cambiantes de dicho sector.

## *15. Conclusiones*

La pertinencia actual de su análisis sobre la evolución del trabajo, de la clase trabajadora y del mercado de trabajo es objeto de debate, incluso entre y dentro de los diversos círculos académicos y políticos que se reclaman marxistas.

Cabe destacar la vigencia de sus intuiciones sobre la evolución del proceso de trabajo bajo el impulso de la introducción del cambio científico y tecnológico, la tendencia a la reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado en las mercancías sin que ello invalide la teoría del valor, la concentración de la riqueza y la pauperización relativa, la heterogeneidad de las formas que puede adoptar la subutilización de la fuerza de trabajo a lo largo del tiempo y dentro de una misma formación social y el peso que ejerce el “ejército industrial de reserva, sobre la tasa de salarios. Por su propia lógica de funcionamiento, las leyes que rigen la obtención de la tasa de ganancias en el modo de producción capitalista conducen necesariamente a la generación de desempleo en el nivel de la firma, dada la tendencia a aumentar la composición orgánica del capital, para innovar en cuanto a los procesos.

Para Marx no era posible aislar el trabajo de la economía ni la economía de la sociedad. La sociedad es un producto del trabajo humano, a pesar de que pueda aparecer como una creación del capital, cuya fuerza productiva por excelencia no resulta ser más que la expresión alienada del trabajo humano. El capital aparece como distinto del trabajo aun cuando su propia existencia dependa de él.

Es entonces difícil afirmar que podría existir una “teoría marxista del mercado de trabajo”, a pesar de la importancia, centralidad y profundidad con la que trata Marx las relaciones sociales de producción y la creación de valor a partir del ejercicio del trabajo humano.

La elaboración teórica de Marx propone que la dinámica de la sociedad en el ca-

pitalismo se organiza en torno a la disputa por la apropiación del tiempo de trabajo humano entre trabajo necesario (para la reproducción de la vida del hombre social) y el trabajo excedente (a partir del cual puede constituirse el capital). Así, la sociedad se articula y desarrolla según la interacción contradictoria de las fuerzas del trabajo y el capital (su opuesto). La dinámica de la sociedad capitalista se basa entonces en la disputa entre el capital y el trabajo, entre trabajo vivo y trabajo muerto, entre trabajo concreto y trabajo abstracto, donde los trabajadores asalariados luchan para asegurar las condiciones de existencia y de reproducción de su fuerza de trabajo y la de sus familias.

El capital se desarrolla buscando su valorización y para ello transforma las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, cambia la organización de las empresas y de la producción, separa los trabajadores de la propiedad de los medios de producción, acrecienta la división social y técnica del trabajo. Al mismo tiempo, busca extender su dominio a esferas de la sociedad no dominadas por la lógica de la generación de trabajo excedente, procurando la privatización y mercantilización en escala creciente de la producción y la reproducción de la vida humana y de la sociedad en su conjunto. Los sectores de la población crecientemente sometidos a la lógica expansiva del capital no soportan pasivamente este movimiento sino que lo resisten, enfrentándolo en los niveles individual o colectivo.

En el capitalismo, la fuerza de trabajo se vende como una mercancía, pero su producción y reproducción no es el producto de simples relaciones mercantiles. Los requisitos para la fuerza de trabajo por parte del capital se asocian a sus necesidades de valorización, mientras que la oferta de fuerza de trabajo por parte de los hogares se encuentra ligada a la necesidad de reproducirse socialmente y a su rechazo a la explotación.

En este marco, la división del tiempo de trabajo en sus componentes necesario y excedente es el producto de una relación antagónica y no mecánica. En otros términos, la división de la productividad del trabajo entre el valor de la fuerza de trabajo (cuya expresión monetaria es el salario nominal y su expresión material el salario real) y el plusvalor será el producto de la correlación de fuerzas entre los dos polos antagónicos y a la vez constitutivos de la relación de capital, el trabajo (vivo) y su opuesto.

Entre los temas que siguen abiertos a la discusión dentro de esa escuela de pensamiento podemos destacar los siguientes:

1. ¿de qué manera las diversas fases de la revolución científica y tecnológica y las nuevas formas de organización del trabajo cambian la concepción tradicional de trabajo productivo e improductivo; la reducción de la participación de la producción y del empleo de bienes materiales respecto de la referente a los servicios y bienes intangibles; y en especial la que se refiere al trabajo doméstico no remunerado y al trabajo no manual llevado a cabo en las actividades de servicio, la administración pública y el trabajo dependiente, cuando no asalariado?
2. ¿Cuál es la articulación y la posibilidad de conversión o de reducción entre el tra-

bajo complejo y el trabajo simple, dada la evolución tendencial de los requerimientos de los puestos de trabajo en términos de educación general y de formación profesional, de calificaciones específicas y de competencias?

3. Cuando se trata de establecer el valor de la fuerza de trabajo, además del costo de reproducción de la fuerza de trabajo, Marx hace mención a elementos “históricos y morales”, que por su propia naturaleza son cualitativos y evolucionan según los países, el período y los valores culturales predominantes. Esto, así como la creciente heterogeneidad estructural entre sectores y ramas de actividad, implica una cierta indeterminación que dificulta su estimación y la comparación.

A la luz del análisis contenido en este trabajo, es difícil afirmar que Marx haya formulado una teoría económica sobre el mercado de trabajo o desarrollado propuestas de política económica para su aplicación desde el Estado.<sup>24</sup> Antes bien, nos parece que vale la pena afirmar que su objetivo fue comprender críticamente la realidad de su época y sus tendencias previsibles, para transformarlas en su conjunto antes que gestionar de manera más eficiente su desenvolvimiento, puesto que ello implicaría asegurar la continuidad de la explotación de la fuerza de trabajo.

### *Referencias bibliográficas*

- BALIBAR, É. (1993), *La filosofía de Marx*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- BOTWINICK, H. (1993), *Persistent inequalities*, Princeton, Princeton University Press.
- BOULES, J. y LORENZI, J. (1995), *Le choc du progrès technique*, París, Economica.
- BRAVERMAN, H. (1974), *Labor and monopoly capital*, Nueva York, Monthly Review Press.
- CAIRE, G. (2001), *Economie du travail* París, Amphi Economie, Bréal.
- CALVEZ, J. Y. (1958), *El pensamiento de Carlos Marx*, Madrid, Taurus.
- CALVEZ, J. Y. (2000), *Necesidad del trabajo. ¿Desaparición o redefinición de un valor?*, Buenos Aires, Losada.
- CARCHEDI, G. (1991), *Frontiers of political economy*, Nueva York, Verso.
- CASTEL, R. (1995), *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronologie du salariat*, París, Fayard.
- CLEAVER, H. (1985), *Una lectura política de El Capital*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CORIAT, B. (1990), *L'atelier et le robot: essai sur le fordisme et la production de masse, à l'âge de l'électronique*, París, Christian Bourgois.
- DE BERNIS, G. D. (1987), *El capitalismo contemporáneo. Regulación y crisis*, México, Nuestro Tiempo, citado en: NEFFA, Julio César, (1997), *Modos de regulación, regímenes de acumulación y sus crisis en Argentina (1880-1996)*, Buenos Aires, Trabajo y Sociedad, CBC.
- DEVINE, J. (1994), “Taxation without representation. A reconstruction of Marx’s theory of

<sup>24</sup> Véase a manera de ejemplo la forma en que Marx trata, en el epílogo a la segunda edición, la crítica que hiciera la *Revue Positiviste* a la publicación del tomo I de *El capital*: “me echa en cara, por una parte, que enfoque metafísicamente la economía y por la otra –¡adivínese!– que me limite estrictamente al análisis crítico de lo real, en vez de formular recetas de cocina (¿comtistas?) para el bodegón del porvenir” (Marx, 1873). Agradezco a Melina Deledicque por haberme señalado esta referencia.

- capitalist exploitation”, Draft, Loyola Marymount University.
- DINERSTEIN, A. (2002), “Regaining materiality: unemployment and the invisible subjectivity of labour,” en: DINERSTEIN, A. y M. NEARY (2002), *The labour debate. An investigation into the theory and reality of capitalist work*, Aldershot, Ashgate.
- ELSTER, J. (1997), *El cambio tecnológico. Investigación sobre la racionalidad y la transformación social*, Barcelona, Gedisa.
- GUILLEMIN, H. y MOPULE, M. (1993), *Le marché du travail. Salaires et emploi dans les théories économiques*, Paris, Eyrolles.
- HEGEL, G. W. F. (1805-1807), *Principes de philosophie du droit*, París, Gallimard.
- LE BAS, Ch. (1995), *Économie de l’innovation*, París, Economica.
- LEBOWITZ, M. (1992), “The silences of capital”, *Socialist Studies Bulletin*, núm. 42.
- LUKÁCS, G. (1923), *Histoire et conscience de classe. Essais de dialectique marxiste*, París, Minuit.
- MANDEL, E. (1970), *La formación del pensamiento económico de Carlos Marx*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- MARX, K. (1951), “Thèses sur Feuerbach (1845)”, en *Pages choisies pour une éthique socialiste*, París, La Pléiade-Gallimard.
- MARX, K. (1865), *Salario, precio y ganancia*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- MARX, K. (1849), *Trabajo asalariado y capital*, Buenos Aires, Schapire.
- MARX, K. (1974), *Grundrisse: foundations of the critique of political economy*, Middlesex, Pinguin Books.
- MARX, K. (1844), *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, 4ª edición, La Habana, Pueblo y Educación.
- MARX, K. (1979), *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Cultura Popular.
- MARX, K. (1858-1859), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, 11ª edición, t. II, México, Siglo XXI Editores.
- MARX, K. (1981), *El capital*, libro I, Capítulo VI, Inédito, 9ª edición, México, Siglo XXI Editores.
- MARX, K. (1867), *El capital*, t. 1, vol. 1, 17ª edición, México, Siglo XXI Editores.
- MARX, K. (1867), *El capital*, t. 1, vol. 2, 17ª edición, México, Siglo XXI Editores.
- MARX, K. (1955), *Misère de la philosophie, Oeuvres*, t. II, París, Pléiade-Gallimard.
- MARX, K. (1867), *El capital*, t. 1, vol. 3, 17ª edición, México, Siglo XXI Editores.
- MARX, K. (1847), *Miseria de la Filosofía*, citado por D. Méda, a partir de la edición francesa en Oeuvres, París, Pléiade-Gallimard, t. II, París.
- MARX, K. (1867), *El capital*, t. 2, vol. 4, 16ª edición, México, Siglo XXI Editores.
- MARX, K. (1867), *El capital*, t. 3, vol. 6, 13ª edición, México, Siglo XXI Editores.
- MARX, K. y ENGELS, F. (1848, 1845), *La ideología alemana*, Buenos Aires, Pueblos Unidos.
- MÉDA, D. (1995), *Le travail. Une valeur en voie de disparition*, París, Aubier.
- NEFFA, J. C. (1989), *Proceso de trabajo y economía de tiempo. Contribución al análisis crítico de K. Marx., F. W. Taylor y H. Ford*, Buenos Aires, CEIL CONICET/SECYT/Humanitas/CREDAL.
- NEFFA, J. C. (2000), *Las innovaciones científicas y tecnológicas. Una introducción a su economía política*, Buenos Aires, Trabajo y Sociedad/CEIL-PIETTE CONICET/Lumen Hhumanitas.
- REYNAUD, B. (1994), *Les théories du salaire*, París, La Découverte.
- ROSENBERG, N. (1995), *Perspectivas sobre tecnología*, Caracas, Fondo Editorial FINTEC.
- ROSENBERG, N. (2002), “Ciencia, innovación y crecimiento económico”, en: CHESNAIS, F. y J.C. NEFFA (comp.), *Ciencia, tecnología y crecimiento económico*, Buenos Aires, Trabajo y Sociedad/CEIL-PIETTE CONICET.
- SHAIKH, A. (1991), *Valor, acumulación y crisis*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.

SMITH, Adam (1991), *Recherche sur la nature et les causes de la richesse des nations*, París, Flammarion.